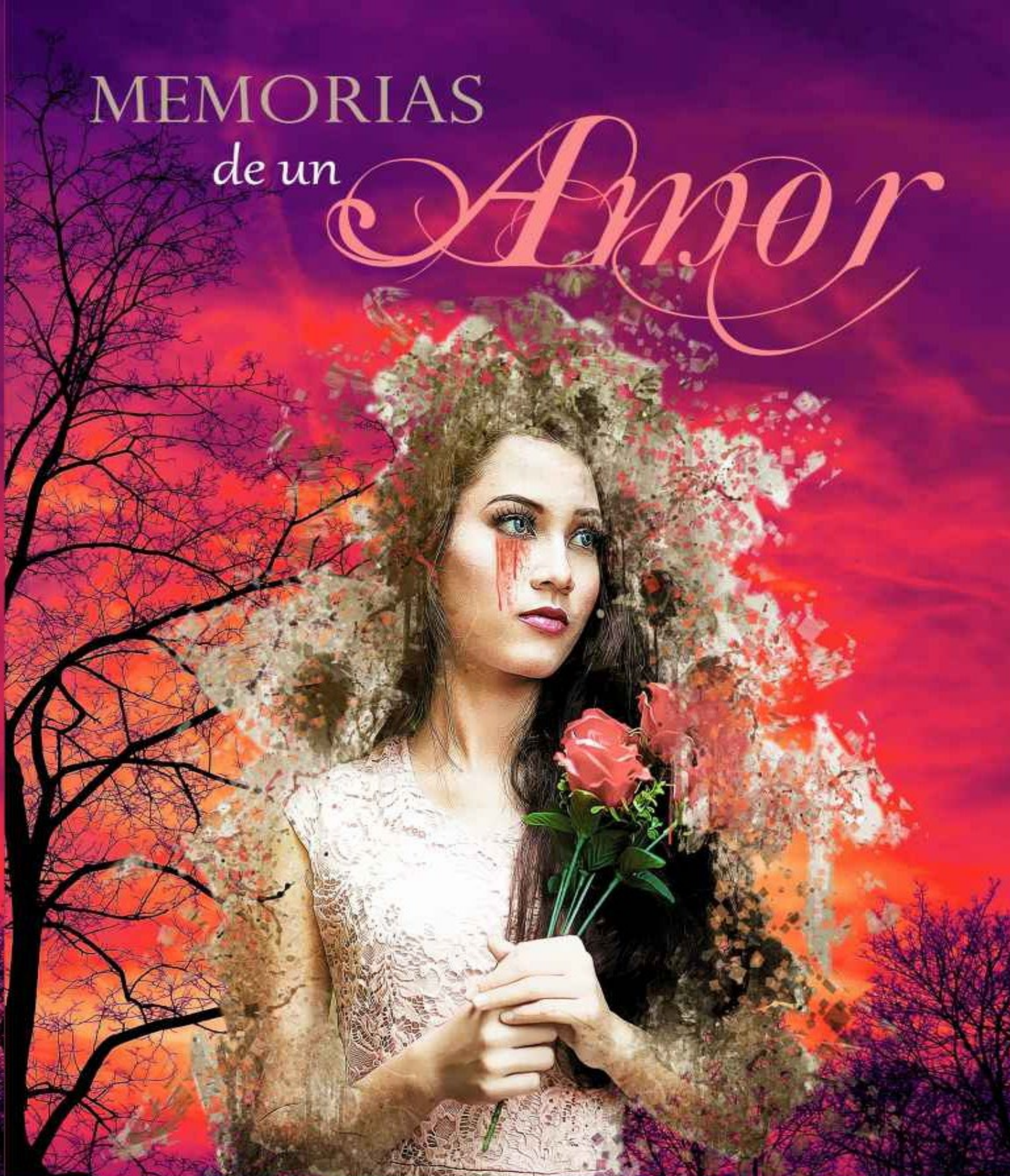


MEMORIAS

de un

Amor



Ruby Martinez

MEMORIAS
de un
Amor

Ruby Mart í nez

Título: Memorias de un amor
©Ruby Martínez
1ª edición: Noviembre 2018
Imagen de la portada: Pixabay
Código de registro: 1809228454683
Todos los derechos reservados
Tamaulipas, México

Los nombres, personajes y sucesos son producto de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro sin el permiso del autor.

Para ti, amor mío.
Y para todas esas almas rotas
que tuvieron que pasar por muchas desilusiones,
antes de encontrar a su alma gemela que las restauraría.

“Algunas historias de amor son tristes por el hecho de que no hubiésemos querido que terminaran como lo hicieron, no porque tengan que ser trágicas”.

-Ruby Martínez

Índice

[Agradecimientos](#)

[Prólogo](#)

[Un amor asquerosamente perfecto](#)

[Así se mata al amor](#)

[En nombre del amor](#)

[Amor comprado](#)

[Encadenada a un falso amor](#)

[No me ames así, amor](#)

[Las redes del amor](#)

[Amor momentáneo](#)

[Amor cruel](#)

[Por sostener el amor...](#)

[Roberto, te extraño, mi amor](#)

[Descansa en mis brazos, amor](#)

[El amor no es benigno](#)

[Mi amor no volvió](#)

[Memorias de un amor](#)

[¿Qué le dirías a tu ex amor?](#)

[Otras obras](#)

[Contacto con la autora](#)

Agradecimientos

Siempre, al primero que agradeceré será a **Dios**, por permitirme realizar una de las cosas que más amo. Gracias por todo cuanto me condesciendes experimentar. Tu amor me sigue sosteniendo.

Gracias:

A las personas que me dieron la vida, que me acompañan en mí caminar y que me alientan a seguir: **mis padres**, el vivo ejemplo de la perseverancia.

A mi numerosa **familia**, por siempre apoyarme en todo lo que hago. Gracias por consentirme y amarme tanto. A los que están lejos, los abrazo con mis oraciones.

A **Lady Rompecorazones, Lady Cash, Lady Esposa de Luis y Lady Palancas**. Con ustedes comparto momentos dignos de recordar. Gracias porque cuando me olvidé de mí, me trajeron de vuelta a la realidad. Las llevo en mi corazón.

A mi grupo **Rúaj Elohím**, mis fieles compañeros de batallas. Todo estaba perfectamente planeado, coincidimos

en el mejor momento. Son una bendición de Dios en mi vida.

A mi **Pulmón**, por ser mi cómplice en la distancia. Jamás nadie imaginaria todo lo que nuestro chat guarda.

A **Estefanía Torres, Lupita Martínez, Dulce Ochoa, Sandra Damasco, Danexi Rodríguez, Alejandro Acosta, Daniela Hernández, Dulce Caballero, Alfonso Guerra, Alejandra Garza y su Roomie, Juan Chávez, Issdarely Aguilar y Diana Pérez**, por apoyarme en mis locuras. No necesito explicarme, ustedes saben el motivo de mi gratitud.

A **Vanesa Velarde** y mi maestra de letras **Ale Peña**. Su tiempo vale oro y que le dediquen un poco de él a mis escritos para orientarme en el camino, se reconoce.

A todos esos **seres maravillosos** que confiaron en mí y me permitieron crear estas historias. Los corazones con heridas son dignos de admiración. Amen. Amen mucho.

Por ti, **amor mío**, es que todo esto surgió. Lo vivido, nadie nos lo quita; los errores cometidos, no se repiten; el tiempo no vuelve y el amor, el amor permanece.

Ruby Mart í nez

Prólogo



“Yo olvidaré, pero ella perdonará mi olvido,
así como yo la perdono a ella por olvidarme a mí”.

-John Green.

Siempre que escucho la palabra “amor”, pienso en lo bonito de este sentimiento, lo asimilo a felicidad, alegría y bonanza. Sin embargo, como todo en la vida tiene dos caras. Ruby en esta ocasión, nos narra la cara poco agradable del amor, esa que se encuentra llena de dolor, realidad, y sí, un poco de toxicidad.

Como mujer, lectora, pero sobre todo escritora de romance, soy fiel creyente de que hay ciertas situaciones que no se deben romantizar o normalizar, no porque niegue que sucedan, sino porque al hacerlo se da el mensaje que está bien, y no se ayuda a erradicar, algo que desde mi perspectiva debería desaparecer.

Ruby con una narración muy cuidada, nos lleva a conocer diferentes historias en las que, de la mano de los protagonistas, entenderemos el porqué de cada una de sus decisiones, a la vez, también comprenderemos que por más que uno a veces piense que tiene definido qué hacer en cierta situación, no es lo mismo a vivir el momento.

Querido lector, te invito a conocer estas “Memorias de un amor” y recordar que por muy dura que parezca la realidad, siempre hay una gota de esperanza.

Ale Peña

Un amor asquerosamente perfecto



“Pero no dejo de brindar por mí y por todas mis heridas”.

-Raquel Cabest.

Le había pedido alrededor de veinte veces que nos viéramos en persona, y esas veinte veces o quizá más, me dejó plantada. Conocí a Arturo en una red social. Había salido recién de un campamento de verano y por los cinco días siguientes a ello, me llegaban montones de solicitudes de amistad. Cuando apareció la suya dude en aceptarlo, no dejaba mostrar mucha información, así que decidí preguntarle si era alguien a quien había conocido en el campamento, con tantas personas, quizá no lo recordaba. Me hizo saber que en realidad éramos dos desconocidos, empezó a interesarse en mí y entonces lo acepté.

Sus intereses iban más allá de una sola amistad, eso se pudo apreciar desde el primer texto, y yo, como una adolescente a la que le hablan bonito y cae, me rendí a sus pies. Las cosas se ponían candentes por el chat, tanta era mi necesidad de tenerlo que me animé y le dije que deberíamos conocernos en persona, interactuar, traspasar la pantalla. Aceptó. Planeamos la cita, nos veríamos en un parque cerca de su casa. Justo ese día por la mañana, cuando le pedí que me confirmara si podría asistir, algo sucedió que no me pudo contestar y por ende, tampoco llegar a la cita. Estaba muy saturado con el trabajo y la universidad, podía entender eso, así que decidimos dejarlo para el próximo fin de semana. Otro suceso inesperado impidió su llegada. Volvía a estar bien, yo más que nadie sabía que repartirse entre los quehaceres, agotaba

e incluso no podías cumplir con todo.

Una cuarta cita, quinta, sexta... perdí la cuenta, todas fueron canceladas al último minuto; le llegué a pedir que me recogiera saliendo de mi trabajo y al final tenía que volver a casa caminando porque me decía que sí, me esperaba y al final me topaba con la dura pared de la mentira. Ni yo misma entendía por qué lo soportaba, nunca había interactuado con él como para aferrarme, tampoco era deseo porque nunca me había acariciado como para necesitar su tacto, fue entonces cuando comprendí la gran influencia que tienen las palabras, tienen el poder de enamorarte. ¡Vaya!

Soy necia y un tanto masoquista, debo aceptarlo. Me ilusiono rápido y lo peor es que me aferro y perdono sin necesitar que me pidan perdón. Decidí que si el muy cobarde no venía a mí, yo iría a su encuentro. Y así fue, me arme de valor y un día llegué a su casa, toqué el timbre y me recibió quien tiempo después descubrí era su madre. Lo llamó y salió todo desaliñado, adormecido. Los nervios se apoderaron de todo mi sistema. Temblorosamente lo saludé y le di un obsequio para romper el hielo. Mi llegada le sorprendió, no entendí y poco me importó. Tuvimos nuestra primera cita, el verde de la naturaleza corroboró el amor que nos profesábamos en cada encuentro.

El día de mi cumpleaños esperaba recibir un detalle. No soy interesada, pero me hacía ilusión recibir algo de mi chico, pero solo le alcanzó para hacerme una llamada por la mañana, cantándome las mañanitas. No le reproché nada ni me mostré decepcionada porque tenía una sorpresa mucho mejor por la tarde, según me dijo. Me recogió en casa y fuimos a parar a la suya. Me condujo hasta su cuarto, un lugar que ya bien conocía por las múltiples películas vistas. No me percaté, la casa estaba sola. Empezó a acercarse hasta besarme y poco a poco depositó mi esbelto cuerpo sobre la cama a mis espaldas. No me incomodaba a decir verdad, mi cuerpo reaccionaba a los estímulos y aunque mi mente me decía que si accedía, me

arrepentiría después, el corazón no pudo apagar ese fuego abrazador, dejándose llevar, recibiendo todo cuanto él le ofrecía.

La mente tenía razón, a los minutos de haber consumado el acto, me sentí sucia. No esperaba que fuese así mi primera vez. No mentí cuando me preguntó si me había gustado, mis palabras fueron: “no tengo nada con qué compararlo”. Llegué a casa adolorida y sangrando, las lágrimas mojando todo a mi paso porque no tenía contemplado que eso sucediera. No, no me lastimó, es solo que hubiese preferido esperar más tiempo, sin embargo, no fui capaz de detener ese explotar de emociones que hacer el amor conlleva.

A la mañana siguiente no recibí llamada alguna para preguntarme cómo estaba. Mis engranajes en la cabeza comenzaron a trabajar. A pesar del baño que había tomado el día anterior, la suciedad que sentía no se iba. La cosa empeoró cuando me di cuenta, por un descuido suyo en la propia red social, que había alguien más aparte de mí; me había convertido en su amante sin ser solicitada como tal. Ese mismo día que descubrí el engaño, lo enfrenté, pero como era típico en él, desapareció. A la semana me buscó, le dije que la única forma en que aceptaría verlo era si me explicaba cuál era mi papel en este juego y su intención al ver en mí un juguete.

Me contó todo con santo y señas, no negó nada en absoluto; su plan era seguir con las dos lo más que se le permitiera. Afortunadamente no le duró mucho el gusto. Afortunadamente lo descubrí. Ante él me mostré firme, segura, a pesar de no haberle alzado siquiera la voz o golpeado. Pero al retirarme del lugar, los ríos de agua salada hicieron su escape perfecto por las pupilas dilatadas del dolor. De haber sabido lo que se avecinaba, jamás hubiera entregado mi cuerpo, y más que eso, mi alma, a un ser asquerosamente perfecto.

Así se mata al amor



“Las cosas que quiero recordar se me olvidan,
y las que intento olvidar no dejan de acudir a mi mente”.

-Paula Hawkins.

Vania conoció a Eduardo en la primaria, eran compañeros de clase, pero hasta ahí, ni a amigos llegaban. Ahora estaba a punto de cruzar al bachillerato, los años habían pasado e hicieron efecto en ambos. Al contemplarse ella en el espejo no podía ver más que a una adolescente gorda y fea, así se describía, y si además le añadía que tenía un pésimo gusto para vestirse, el resultado era un desastre. Por el contrario, Eduardo era un atleta, pasaba largas horas en el gimnasio haciendo ejercicio. A él sí le favorecía, mientras que a ella solo la cansaba sin ver resultados.

Vania guardaba su amor por Eduardo, hasta que sus amigas la convencieron mostrar interés por él, a veces los chicos podían ser tímidos. Le hablaron bien de él, le aseguraron que era un buen chico, que en dado caso que no sintiera lo mismo por ella, no la haría sufrir. Lo cierto es que no conocían del todo a Eduardo.

Vania decidió ya no guardar más ese amor, así que les hizo caso, planeó un discurso que ensayaba a todas horas. Un día, uno de los amigos de Eduardo la escuchó ensayar, quiso soltar una carcajada, más no lo hizo, prefirió morderse la lengua, tenía una idea mejor. Fue hasta Eduardo y le contó, no sin antes apostarle a que no se atrevía a besarla.

Aceptó.

Justo en esa semana sería el baile de graduación, momento que Vania aprovecharía para hacer la declaración. Al llegar al baile, lo vio en medio de la pista, bailando y tomando con otras chicas. Pensó en dar la media vuelta y regresar, pero algo ya se había instalado en su interior: la valentía.

Llegó hasta él y disculpándose lo sacó de ahí. Fueron hasta el jardín de la escuela, se quedaron viéndose el uno al otro; ella nerviosa, él burlándose en su interior —había quinientos pesos en juego—.

—Permite que vacíe todo lo que llevó dentro desde hace años, después me cuestionas, si quieres —dijo ella.

Eduardo estuvo de acuerdo.

Le contó de ese amor de niños que nació en la primaria y que después se extendió por los años hasta la fecha. Se había enamorado del atleta, aquel al que las chicas seguían, aquel para el que pensó que era invisible, más toda duda se disipó con ese casto beso que apenas rozó sus labios. La esperanza había aflorado en ella.

Y como si de Cenicienta se tratara, el hechizo se rompió a la medianoche, justo después del beso, cuando los amigos de él los encontraron —o tal vez ya lo sabían— y los vítores y aplausos se hicieron presentes. Vania, en su inocencia, creía que era la manera de felicitarlos por lo acontecido, hasta que uno de ellos se acercó a él, lo abrazó y empezó a agitar ese billete con Diego Rivera al frente. Con una sonrisa malévola, Eduardo lo recibió.

—¡Vaya! Lograste besar al Cebo, amigo. Ahora ve a desinfectarte.

Asustada y dolida por la escena que presenciaba, Vania logró articular palabra para poder preguntar de qué iba todo eso.

—¿Acaso fuiste tan ingenua para creer que ese beso era verdadero? —le respondió—. ¡Me das asco!

Las lágrimas de Vania aparecieron mientras él le seguía gritando palabras hirientes que no solo cortaban, sino que amenazaban con quedarse clavadas por mucho tiempo. Se dejó caer al suelo, tapó sus oídos para mitigar aquellas voces que le gritaban “eres un cebo”. Como pudo salió de la fiesta, ya no podía soportar más ese trato, estaba cansada de las burlas y que jugaran así con ella.

Al llegar a casa se encerró en su cuarto y pidió no ser molestada, tomó papel y pluma y se dispuso a escribir una nota —a sacar su coraje, quizás—. Fue hasta el baño y contempló su reflejo por una vez más; se vio con el doble de kilos, llena de acné... se vio como un cebo. Tomó una cuchilla de afeitar entre sus manos y dando un respiro, dijo “ya no más”. Sus muñecas cortó, más no eran ellas las que se desangraban, era su corazón. Fue su madre quien la encontró sin vida cuando la llamó por la mañana.

Durante el funeral, Eduardo tuvo el descaro de presentarse. Al verlo, la madre de Vania lo corrió, él había sido en gran parte el culpable; su hija ya no estaba en este mundo. Pero no lo dejó marchar sin antes darle aquella nota que encontró sobre el escritorio de Vania. Eduardo, cabizbajo, lo tomó, retirándose del lugar para poder leer aquel trozo de papel.

Eduardo,

Literal, así es como se mata al amor.

Ganaste la apuesta, el Cebo expiró.

En nombre del amor



“Todos tenemos a alguien idealizado.
Y todos nos enamoramos de alguien que nos hace daño”.
-Cecilia Vinesse.

Habían pasado dos años desde que me separé de mi esposo, la última vez había tomado demasiado y decidió hacer la mayor estupidez de su vida: golpearme frente a mis hijas. Fue la gota que derramó el vaso, así que decidí dejarlo. Me juré en ese instante que jamás volvería a permitir lo mismo, por mis niñas, primeramente, y después por mí.

No quería saber nada del amor, eso no existía ya. El amor estaba tan desfasado, lo había presenciado desde la relación amor-odio entre mis padres y ahora yo pasaba por lo mismo. Mis hijas no, ellas no.

Cerré las puertas de mi corazón. Había quienes tocaban, pero nunca les abrí. Lo tenía tan protegido, que había ocasiones en las que ni yo misma lo encontraba. Pero Carlos buscó hasta en el más recóndito rincón y por una pequeña grieta, se adentró. El vapor de sus dulces palabras, el delicado tacto de sus caricias, los pequeños detalles cubiertos de ternura y su tiempo para compartir, fueron de las muchas cosas que hizo para que, poco a poco, fuera bajando la guardia. Como un ladrón se robó mi corazón y al tiempo se fue

ganando también el de mis hijas, aquellas pequeñas que ya eran todas unas señoritas.

Carlos era muy trabajador, tanto así que sus visitas se redujeron solo a los fines de semana, fue entonces cuando le propuse se viniera a vivir con nosotras, pero luego aparecieron los viajes de negocios —como mínimo, uno a la semana—, lo que hacía su estancia igual de corta.

Una mañana en que me disponía a dejar a las niñas en la escuela, lo vi de lejos en su auto, le acompañaba una mujer y un par de jovencitos. Por mi mente pasaron millones de opciones de quiénes podrían ser, incluso pensé en su hermana y sobrinos, hasta que atestigüé como la mujer lo besaba y le acariciaba el cabello coquetamente. Dejaron a los niños en la escuela y se fueron.

Llamé a Carlos una docena de veces y nunca contestó, así que en mi enfado tome una maleta y comencé a empacar sus pertenencias. Al día siguiente llegó a casa, oliendo a alcohol, lo cual me pareció extraño porque nunca lo había visto tomado. Le pregunté que dónde había estado, evadió la pregunta y en su lugar respondió que lo habían despedido. Me compadecí de él y no pregunté más, ya habría tiempo para aclarar las cosas.

Pasaron tres semanas, el tiempo nunca llegó. Cada mañana se levantaba de mal humor, me gritaba y por las noches, su desahogo era con mi cuerpo. Nada me parecía mal en aquel entonces, peores cosas le había soportado a Enrique, mi exesposo.

Cierto día llegué muy cansada del trabajo, me dispuse a hacer la cena y después me recosté. Carlos hizo lo mismo, solo que él no quería dormir aún, le faltaba esa dosis de mi cuerpo, por lo que empezó a tocarme. Me hice la dormida, esperando declinara en la acción, más lo que recibí fue un fuerte estirón del brazo que hizo me volteara hacia él. Le dije que no un sinfín de veces y ese mismo sin fin se me fue regresado en cachetadas. No dejé de

luchar, aunque destilaba lágrimas. Mis puños golpeaban su pecho sin dejar marcas, no lograba hacerle nada. En una inyección de fuerzas tome la lámpara a mi costado, lo golpeé en la cabeza y con eso logré quitármelo de encima.

Rápidamente salí del cuarto, no sin antes ponerle el seguro, eso me daría un poco de tiempo para huir. Fui hasta mis hijas, las desperté, tomé unos cuantos cambios de ropa para ellas y el poco dinero que tenía ahorrado, nos montamos en el auto y fuimos a parar a casa de mi madre. Pudimos dormir tranquilamente, al menos esa noche.

A los pocos días me percaté de una herida en el brazo de mi hija, se le comenzaba a infectar, por lo que la llevé a consulta médica —de paso también pediría estudios para mí, la fatiga no desaparecía—. El doctor preguntó lo evidente: ¿éramos víctimas de abuso? Sí. Solo yo, afortunadamente. Nos mandó a realizar análisis a ambas, algo no cuadraba. No esperamos mucho por los resultados, aquellos que derrumbaron mi vida, dejándola en escombros.

—Leticia, estas embarazada —dijo el doctor. No lo podía creer, pero era de esperarse, a él no le gustaba que nos cuidáramos—. Y tu hija...

—¿Qué con ella? —pregunté.

—Ella también lo está.

Enmudecí. El desgraciado había abusado de ella y no supe cuándo, ni ella tuvo la confianza de contármelo. ¿Qué clase de madre era?

No había tiempo para contestarme. Al salir del hospital dejé a mi hija en casa de mi madre y fui hasta donde estaba viviendo Carlos —en casa de sus padres—. Toqué la puerta, él fue quien me recibió. Se quedó mudo ante mi presencia, la sangre abandonó su cuerpo quedando pálido. No dijimos nada, solo un disparo rompió el silencio. Me marché.

Carlos no murió, solo buscaba asustarlo, no soy una asesina, pero mi hija sí, a sus escasos años de edad. En mi ausencia, Carlos tuvo el descaro de presentarse para pedir disculpas. Jamás anticipamos lo que sucedería. Mi

pequeño retoño le arrancó la vida al encajarle, persa del dolor, varias veces unas tijeras. El monstruo ya no la atormentaría más por las noches, eso creía. Carlos falleció, pero seguía vivo en nuestros sueños.

¿Cómo fue posible que en nombre del amor permitiera tanto? Cuánto hubiese evitado si el corazón lo hubiera mantenido clausurado, no hubiera perdido a otro amor, ni a mi hija la hubieran lastimado.

Amor comprado



“Estaba allí esperándome con una herida tan ancha que parecía risa”.

-Ana Pérez Cañamares.

A veces las cosas no son lo que parecen ser, hay quienes aparentan perfectamente, mostrando solo lo que ellos quieren mostrar.

Aleida y Héctor llevaban ocho años de noviazgo, se habían conocido en la universidad cuando estudiaban finanzas, fue justo a mitad de la carrera que él decidió declararle su amor. Ahora estaban a punto de casarse, hace ocho meses que él había pedido su mano de una forma tan irreal y maravillosa. Habían ido a un día de campo con ambas familias, todo estaba perfectamente planeado; una avioneta aparecería en los cielos con una lona a cuestas que haría la interrogante: ¿quieres casarte conmigo? Aleida no tenía por qué dudar en la respuesta, estaba realmente enamorada de Héctor.

Ya todo estaba listo, desde el color de uñas que llevaría la novia, hasta la recepción de la celebración. Aleida estaba bellísima con su vestido blanco de encaje y su velo kilométrico, toda una princesa de cuento de hadas. Héctor, con su traje impolutamente negro y su corbata roja, todo un caballero de los

pocos que existían. Los nervios se hicieron presentes en los dos; ella no lograba ahogar las mariposas en el estómago, y a él, le sudaban las manos.

En el momento en que ella salía rumbo al altar, la interceptó su madre.

—No lo hagas, Aleida, algo en él no termina de convencerme —le suplicó.

Pero desde hace mucho tiempo Aleida acalló las voces que intentaban hacerla desistir en ese matrimonio.

—Por favor, mamá, apóyame, no me dejes sola en el día más importante de mi vida —le replicó.

Su madre agachó la cabeza en señal de derrota, no había poder humano que impidiera esa boda. Ella estaba segura que Héctor solo buscaba a su hija por dinero, pues su familia había caído en bancarrota y casarse con ella sería el as bajo la manga. Delicadamente tocó el rostro de su hija, irradiaba felicidad, no sería ella la que se la robara, pero sí estaría ahí para juntar sus pedazos. La tomó de su brazo y juntas emprendieron el camino hacia la casa de Dios, donde Héctor ya se encontraba.

Aleida lo contempló ahí, situado frente al altar. Recordó aquel día en que se habían visto por primera vez en la universidad, recordó como había llamado su atención desde el primer instante. Héctor no podía creer lo hermosa que estaba su futura esposa. Al verla parada en la entrada de la iglesia, sintió una puñalada. ¿Por qué?

Las notas del piano y violín se hicieron escuchar por encima del bullicio de la gente. Aleida comenzó a caminar hacia el hombre de su vida. La recibió dándole un beso en la mejilla. Todos contemplaban las siluetas de esas dos personas que se amaban y que pronto se fundirían en una sola alma.

El párroco comenzó la ceremonia, haciendo los ritos que conlleva. El momento cada vez estaba más próximo.

—Aleida, ¿aceptas a Héctor como tu esposo? ¿Prometes serle fiel en

lo próspero y en lo adverso, en la salud y en la enfermedad, amarlo y respetarlo todos los días de tu vida, hasta que la muerte los separe?

—Acepto —contestó ella, llena de ilusión.

—Héctor, ¿aceptas a Aleida como tu esposa? ¿Prometes serle fiel en lo próspero y en lo adverso, en la salud y en la enfermedad, amarla y respetarla todos los días de tu vida, hasta que la muerte los separe?

Héctor guardó silencio unos minutos. Fueron eternos para Aleida, quien no dejaba de observar como permanecía cabizbajo, claramente repensando la contestación. Cerró los ojos fuertemente, tratando que el mundo a su alrededor desapareciera, sería el acto de cobardía más grande que hiciera en su vida.

—Lo siento, Aleida. —La abrazó y le susurró al oído—. No puedo hacernos esto. Eres una excelente mujer, no mereces ser nuestra opción económica.

—¿Qué dices? —preguntó extrañada al momento que corría la mirada hacia su madre. Se lo había advertido y no la escuchó.

—Estos ocho años a tu lado, fingí. No puedo siquiera pensar en una vida construida a base de mentiras, de un amor falso. Perdón, Aleida. — Fueron las últimas palabras antes de salir por el pasillo tapizado por pétalos de rosas.

Una sola lagrima se le había escapado a Aleida, hasta que su madre la abrazó —reunió los pedazos como bien había dicho—, fue entonces cuando se desbordó en llanto. Salió de la iglesia con la cara hundida en el cuello de su madre, no por la vergüenza, sino por el dolor que embargaba su corazón. Una madre nunca se equivoca, pensó.

Al llegar a casa no dejaba de cuestionarse qué era peor, si el haber vivido en la mentira o la sinceridad de su amor. Aunque ya no importaba, por un buen tiempo nada mitigaría su dolor.

Un amor comprado, eso es lo que hubiera sido si Héctor hubiera aceptado. Quizá esta historia no es del todo triste, ambos se liberaron de una vida falsa llena de lujos, pues ¿de qué hubiera servido todo el dinero, si no se podían pertenecer el uno al otro?

Encadenada a un falso amor



“Hay una diferencia entre que te rompan el corazón
o que te destrocen el alma”.

-Cassandra Clare.

Estábamos todos reunidos en el hospital, mis doce hijos habían llegado desde lejos para la despedida que se avecinaba. Desde la semana pasada habíamos internado a Edmundo por fallas en su sistema respiratorio. En cuanto lo trajimos, el doctor dijo que de dos días no pasaba. Ya ha transcurrido una semana, se está aferrando, no entiende que su tiempo en la tierra ya caducó. Quizá suene frío y descabellado que desee que ya muera mi esposo, pero por más de sesenta años tuve que aguantar su maltrato.

Me casé con él a los dieciséis, era una inocente adolescente que apenas y sabía del mundo, mientras que él, un hombre que casi me doblaba la edad, todo un experto en el tema de las mujeres. Tuvimos doce hijos, los cuales tienen cinco hermanos más. Así es, soy su tercer mujer. Mi ilusión cuando joven era formar una familia, ser feliz, pero solo una cosa y media pude realizar; formar una familia y ser un cincuenta por ciento feliz, pues mis

hijos son mi mayor regalo, son los que me inyectan de vida, pero es una lástima que no pueda decir lo mismo de quien es mi esposo, de quien se supone que me ama.

Al principio todo estaba bien, como suele pasar comúnmente, pero después la agresividad se volvió parte de nuestra relación. Cuando quedé embarazada, me alegré como no tienen idea, pensaba que ese bebé traería estabilidad a nuestras vidas, y así fue, pero no por mucho tiempo, a los meses después, los insultos, malos tratos e incluso golpes, se hicieron presentes. Un par de veces llegó a dejarme inconsciente, sangrando y retorciéndome del dolor, porque me daba con lo que tenía a su alcance. La cicatriz en mi mejilla es la prueba del amor que ante todos profesaba que me tenía. También llegó a abusar de mí; me duele confesar que de los doce hijos, solo los primeros tres fueron hechos con la reserva de amor que guardaba por él, el resto fueron a la fuerza, más no por eso mi cariño para con ellos es diferente.

Edmundo habrá sido un mal esposo, pero nunca un mal padre. Hasta la fecha no entiendo porque nunca me dejó marchar si tanto odio me tenía, incluso había veces en las que me encerraba para que no pudiera escapar. ¿O tal vez era mi gran amor por él que no me lo permitía? Jamás entenderé.

Los doctores van corriendo hacia su cuarto, al parecer le ha dado un paro respiratorio. Mis hijos lloran la enfermedad de su padre. ¿Y yo? Yo estoy aquí sentada, observando todo tranquilamente. Lo han estabilizado por segunda vez. ¿Qué acaso no quiere descansar?

—Señora Rosario, su marido ha pedido verla —me informa un doctor.

Asiento, yendo hacia su cuarto.

Ha envejecido diez años más en esta última semana. Me siento a su lado, mientras le pregunto para qué me quiere. Débilmente logra quitarse la mascarilla del oxígeno.

—Rosario —pronuncia.

—No hagas esfuerzos, Edmundo.

—Tengo que decirte que... —se le dificulta respirar— nunca te amé.

Rápidamente volteo, prestándole toda mi atención.

—¿Qué dices? —pregunto incrédula.

—Jamás te amé, Rosario. Todos estos años estuve contigo por puro capricho, por tener a alguien a mi lado para que me sirviera.

—¡Cállate, Edmundo!

—Siempre fuiste una marioneta para mí...

—¡Te dije que te callaras!

Tomo la almohada del costado y la deposito con fuerza directamente sobre su rostro. Le quiero, pero le quiero lejos de mi vida. Edmundo deja de pelear a los pocos minutos. El sonido muerto de la máquina que toma el pulso se hace presente. Logré callarlo.

La sangre me hierve ante su cruel y sincera confesión. Toda una vida desperdiciada. Infeliz, no dejó de ser mi verdugo ni en su lecho de muerte.

—¿Qué pasó, mamá? —pregunta uno de mis hijos al verme llorando sobre el pecho de su padre.

—Ha partido a un mejor lugar —respondo.

Está en el infierno, ardiendo con satanás.

No me ames así, amor



“Lloro la muerte de algo que nunca ha tenido la oportunidad de vivir.
La muerte de un nosotros”.

-Colleen Hoover.

Con esta era la cuarta vez que peleaban en la semana. Casi una pelea por día y eso que todavía no vivían juntos. ¿Qué sería cuando ya compartieran un techo? Ni ellos sabían.

Gabriel y Tamara tenían una relación no muy común para algunos, muy familiar para otros. Él la celaba de una manera sorprendente, cualquier cosita —así fuera lo más insignificante— era motivo para reclamarle y pedirle explicaciones que al final salían sobrando, las escuchaba para después botarlas a la basura e igual desconfiar de ella.

Tamara comenzaba a sentirse cansada, cada discusión le sumaba un peso a su autoestima, que sabía perfectamente no le hacía ningún bien. El estrés del qué pasará mañana le quitaba el sueño. Ya no deseaba que se llegaran las cuatro de la tarde para verlo, incluso había ocasiones en las que inventaba salidas para evitar que Gabriel visitara su casa.

Muchos de los que atestiguaban las escenas de celos que Gabriel le hacía pasar, se preguntaban qué la detenía para dejarlo. Quizá era que el corazón se anteponía, quizá era que ella en realidad lo amaba y le pesaba que él fuera así. Lo cierto es que seguía albergando algo de esperanza, creía que algún día, eso que le decía sobre que sería la última vez, se volvería realidad, pero ya dos años habían pasado y ese momento se disolvía en el aire al día siguiente que se disculpaba.

La última vez salieron juntos a la playa, caminaban por el muelle viendo como el atardecer desaparecía ante sus ojos. Al llegar al final se sentaron uno al lado del otro, entrelazaron sus manos y en el silencio contemplaron el bello cielo que cobijaba su ser. A Tamara le dolía el pecho, había tomado la firme decisión de terminar la relación con Gabriel, pues justo ayer lloraba porque la había dejado en ridículo frente a sus amistades —como muy comúnmente lo hacía—, alegando que estaba coqueteando con quien era su amigo de la infancia y a quien hace años no veía. Gabriel no entraba en razón, después de gritarle frente a todos que era de su propiedad y no bajarla de ser una cualquiera, la sacó a estirones de la reunión. Llegó a casa con un hematoma en el brazo de tan fuerte que aquel ser que se suponía la amaba, la había tomado.

Gabriel ignoraba todo, para él ya se volvía usual faltarle el respeto a su amada y después disculparse. El tiempo de perdonar se había acabado y su seguridad no fue siquiera para avisarle lo que se aproximaba. Tamara se volvió hacia él, lo pudo observar detenidamente por unos minutos antes de encontrara su mirada. Se le escapo una lagrima. Gabriel no la recogió. Se enfrascaron en una plática tan amena, que incluso puso en tela de juicio la decisión que Tamara había tomado. Tomando una de las manos de Gabriel, lo miró a los ojos y le dijo cuanto lo amaba, pero que ese amor no era suficiente para que él pensara las cosas antes de hacerlas. La persona que se suponía

debía protegerla, era quien más la lastimaba.

El rostro abatido de Gabriel desorbitó a Tamara, no esperaba esa reacción comprensiva de su parte. Gabriel asintió a todo lo que ella le decía, estaba consciente de su falla y se merecía perder a esa buena mujer y más que eso, el amor sincero que le ofrecía. No puso objeción alguna, pudo ver en sus ojos la determinación, al momento que le decía que ya no podía más, que en lugar de sentirse libre se sentía atrapada, enjaulada.

Le dio un último beso y ni siquiera fue en los labios, sino en la mejilla. El amor que se tuvieron había desaparecido, se había manchado por la culpa de los dos: él por celarla de esa manera, ella por habérselo permitido. Tamara se puso de pie, soltó la mano de Gabriel y caminó sin ver atrás. No debía hacerlo o se vería tentada a regresar. Las lágrimas dibujaban círculos al caer en la madera del muelle. En cada una de ellas, iba un mal recuerdo del que por fin se deshacía. Su corazón estaba en demolición, pero en realidad lo habían demolido desde hace mucho tiempo atrás, dos años para ser exactos, solo que el amor ciego, no te permite ver las cosas como realmente son.

Tamara lloró por los siguientes días. Recostada sobre la cama vio ese morado que le seguía adornando el brazo y pensó, si lo que vivió con Gabriel era amor, entonces prefería, mejor, no ser amada.

Las redes del amor



“Nada puede durar tanto,
no existe ningún recuerdo por intenso que sea, que no se apague”.

-Juan Rulfo.

Fuimos otra pareja más que se conoció por Internet. Una solicitud de amistad marcó la diferencia: antes era solo yo, al tiempo fue él quien con sus palabras me hacía vibrar, convirtiéndonos en cómplices del día y la noche que atesoraban vernos charlar.

Las pláticas eran realmente maravillosas, cualquier cosa que sucedía era la excusa perfecta para entablar una conversación y durar horas debatiendo. No, no éramos una pareja convencional, éramos únicos en nuestro mundo color de rosa.

Como anécdota les puedo contar que cierto día llegué de la universidad terriblemente cansada, pasaban ya de las nueve de la noche y aún no había cenado. Él lo sabía porque en el camino me desahogué manifestándole lo injustos que eran al dejarnos salir hasta esas horas. Al llegar a casa, al pie de la puerta, había una bolsa que contenía ni más ni menos

que mi comida favorita. Puede que sea un gesto sin importancia, dirán que a muchas les sucede e incluso las llevan a comer a los restaurantes, pero ¿comenté que para ese entonces llevábamos seis meses platicando y aún no nos conocíamos en persona? Tampoco lo pudimos hacer por videollamada, nuestros horarios no coincidían.

Cumplimos nuestro primer aniversario, pocas cosas habían cambiado durante todo ese tiempo. Seguía sin poder conocerlo, sin embargo comenzaba a resignarme, a conformarme con las fotos y la palabrería. Prefería tenerlo así, que decirle que si no se mostraba, ya no habría un nosotros, pues terminaría arrepintiéndome y dándome de topes contra la pared. Se había convertido en el aire que respiro, así de intenso era esto.

A los días, casi a la media noche, me llegó un mensaje de voz. Era él, proponiéndome matrimonio. Provocó que todos mis sentidos se pusieran alerta, causó que la mente repensara esas palabras un millar de veces. “Es una broma, ¿verdad?” Me dije a mi misma, después se lo pregunté. Una negativa recibí. Pero por la mañana descubrí que lo había dicho inconscientemente, había salido de antro y también se había emborrachado.

De verdad que una persona sí que puede vivir solo de palabras, pues los meses transcurrieron dando un total de dos años y ahí seguíamos, dialogando a todas horas, dándonos cariño y amor virtualmente.

Una noche que hablábamos por teléfono, la voz de un niño oí, le pregunte quién era, pues esa voz inocente parecía llamarlo “papá”. No estaba enterada que tuviera hijos y después de dos años, no creía que algo así me ocultara. Se empezó a poner nervioso ante mi interrogatorio. Las palabras se le atoraban. Entonces, molesto me lo confesó: ese niño era su hijo de cuatro años de edad. Nuestra burbuja se rompió. No era tan grave que tuviera un hijo, era la mentira que logró mantener por veinticuatro meses y contando. Terminamos por cortar la llamada, éramos capaces de decir cosas por las que

después nos arrepentiríamos.

Al día siguiente una amiga me visitó en casa, vio que no estaba bien y preguntó qué me pasaba. Le conté lo sucedido la noche anterior. Me pidió ver el perfil de Darío, quien resulta que era conocido de ella. Le alegué el por qué nunca me lo había dicho, pero sinceramente nunca le hablé de él a nadie. Me mostró su perfil desde su móvil, había cosas ahí que desde el mío no podía ver. Claramente las ocultaba. Arleth me dejó husmear todo, encontré una fotografía justamente del día de ayer en que nos enojamos, era su mano entrelazada con la de una mujer, y le acompañaba un texto que decía que le habían dado el “sí”. Se iban a casar.

No entendí como es que fui capaz de vivir en la mentira tanto tiempo. Tenía sentimientos encontrados, poco faltó para que perdiera la compostura y no lanzara el teléfono de Arleth contra el mármol. No quería volver a saber de él, y eso lo podía lograr fácilmente: lo eliminé, no quería darle oportunidad a que me explicara. Con el paso de los días me di cuenta que hice bien, pues si tan importante era para él, al percatarse me hubiese marcado. Su pasatiempo llamado Danna, había sido desechado.

Cuidado con esas personas que conocen en las redes, son capaces de robarte, y se preguntarán qué fue lo que Darío me robó; además del tiempo, el corazón.

Me permití ilusionarme. Me permití sentirme querida e importante para alguien. Y aquí estoy, desollando de mis recuerdos cada palabra que en un principio me hizo vibrar. Comprobé una teoría: uno no se enamora en sí de la persona, se enamora de su intelecto, de ese poder que tiene para hacer que las letras en conjunto suenen hermosas, tanto que resuenan en tu interior provocando desgarres en el alma.

Cuidado con esas personas que conocen en las redes, tienen el poder de enamorarte sin necesidad de tocarte.

Amor momentáneo



“Ojala algún día te quieras lo suficiente,
para que te des cuenta de que tú eres la única persona que puede salvarte”.

-César Poetry.

Iridian creyó haber encontrado al definitivo, aquel con el que compartiría el resto de su vida. Jeremías era el nombre del chico que la tenía cautivada y con el cual llevaba cerca de un año de relación. Había ocasiones en las que Iridian salía de noche al porche de su casa y se tendía en el pasto verde que adornaba el jardín, para contemplar el cielo estrellado que amenazaba con caerle encima y acariciarla con su bella oscuridad. Era en esos momentos en que se cuestionaba qué había hecho para merecer a un buen hombre. Nadie le daba respuestas, así que después venía ese sentimiento de culpa, ese remordimiento de conciencia que la atormentaba diciéndole que no era del todo sincera con Jeremías, que definitivamente no lo merecía.

Sí, Iridian guardaba un secreto que pronto tendría que revelar, pues los planes de vivir juntos ya empezaban a tomar forma. Pero tenía miedo, era muy probable que él la dejara. A pesar de estar siempre para ella, de apoyarla en

todo y ser muy comprensivo, las voces en su cabeza le decían todo lo contrario: al saberlo, huiría. ¿Quién querría a alguien así para madre de sus hijos? Ni la misma Iridian.

Desde que conoció a Jeremías, unas tres veces se había pensado dejar todo atrás, recomenzar de nuevo siendo su esposa y después, solo después, cambiar ese concepto de no querer ser madre. Sin embargo, aún no actuaba, no había otro trabajo en el que pudiera ganar bien. Casarse con Jeremías no sería la solución, pues aunque era un buen hombre, jamás podría darle, materialmente, todo lo que creía merecer. Si, ese trabajo la saco de pobre y temía dejarlo, ya que nadie ni nada le ofrecería lo que allí. Era un pecado el que cometía, pero siempre calmaba su alma diciéndose que era un sacrificio y un riesgo que estaba dispuesta a correr. Desde hace mucho tiempo creyó que el precio de su error era la infelicidad, el no encontrar nunca el amor verdadero, pero cuando llegó Jeremías silenció todas esas palabras. Se había enamorado por completo y así mismo se sentía amada, querida, deseada.

Una mañana de febrero despertó con la firme decisión de hablar con Jeremías y contarle lo que sucedía. Las primeras palabras que pronuncio ese día mientras miraba fijamente el abanico que giraba en el techo, fueron: *“tengo un ángel y le pediré que me rescate”*. Su amor por él crecía cada vez más, a tal grado que ya no quería vivir en la miseria en la que estaba, exponiéndose a perder todo. Él era su todo.

Sabía que estaba por hacer lo correcto cuando en su mente aparecieron esas imágenes tormentosas de la crueldad con la que había tratado ayer a varias mujeres, todo por no hacer bien su trabajo, siendo ella quien pagara los platos rotos, económicamente hablando. No habría ganancias. Frente al espejo contempló su abdomen teñido por un morado oscuro que se burlaba de ella — había tenido un mal entendido con un cliente—, recordándole el infierno en el que estaba.

Así que lo planeó todo. Invitó a Jeremías a cenar a su casa, le preparó su platillo favorito y sacó la mejor botella de vino que tenía. Sería una noche especial, por fin revelaría a la verdadera Iridian, por fin se despojaría de esa doble vida que llevaba. Mientras preparaba la cena, no pudo evitar fijar la mirada en una fotografía de los dos; dio gracias al cielo por el buen hombre que tenía a su lado. A pesar de la incertidumbre y el temor de no saber cómo reaccionaría su chico, confiaba en que ahora más que nunca, la apoyaría.

Todo estaba listo. El timbre sonó y apresurada se quitó el mandil de cocina para ir a abrirle la puerta a su amor. Los nervios comenzaban a aparecer. Le abrió. Lo recibió con un beso —como siempre lo hacía— y lo llevó hasta el comedor. Cenaron tranquilamente, todo parecía normal. Entonces Jeremías sacó a colación el tema de la mudanza, lo cual le recordó a Iridian el motivo de la cena.

—Amor, necesito que me prestes atención. Mucha atención —dijo nerviosa—. Lo que te diré no es fácil de procesar, pero si me animo es porque te amo, porque estamos por cruzar a otra etapa en nuestras vidas y no quiero que comencemos con secretos. —Jeremías se volvió a ella, escuchando atentamente lo que salía de su boca—. Las preguntas son hasta el final, solo escúchame.

—Está bien. —Asintió.

—Siempre he confiado en ti. Te he contado casi todo sobre mí. Conoces a la Iridian buena, tierna, cariñosa, y eso es porque te has sabido ganar ese lado. Sé que me amas. Pero tienes que conocer la otra cara de la moneda, el ajeno lado de Iridian, el que se acabará ahora que vivamos juntos. Sabes que tuve una infancia difícil, que no sé quienes fueron mis padres y que mi único familiar cercano es mi tía Carlota. Para empezar, Carlota no es mi tía, solo se hizo cargo de mí cuando era niña y después me puso a trabajo para ella. No era un trabajo sencillo para mi corta edad, sin embargo logré

sobresalir, era quien más ganancias generaba. Cuando murió Carlota, me heredó el negocio. Tuve la oportunidad de dejarlo, que ahí muriera todo, pero el sabor del dinero fue mi perdición.

—Iri, da gracias que tu tía te heredó el negocio del vino, no te lamentes, es tu sustento. —Sí, he mantenido el negocio tras la fachada de la venta de vinos y licores.

—Pensándolo bien, no todo es mentira, si existe ese negocio, pero detrás de él... —enmudeció—. Prométeme que seguirás amándome a pesar de todo. Prométeme que si te molestas y quieres tu espacio, hablaremos en otro momento.

—Te lo prometo —dijo levantando la mano derecha.

—Prostituyo jóvenes —soltó con los ojos cerrados, presa de la vergüenza.

El silencio reinó en la habitación por un buen tiempo. Seguía con la mirada escondida. Lo próximo que escuchó fue el cerrar de la puerta. El sonido la sobresaltó. Buscó con la mirada a Jeremías, no había rastro de él. Las lágrimas no se apreciaron, pero su corazón lloró, sin embargo mitigó el llanto al avivar la esperanza de verlo al siguiente día.

Los días pasaron y la puerta jamás se volvió a abrir. Jeremías no fue capaz de perdonar las atrocidades que Iridian había cometido. Ella volvió a sentirse vacía con la partida del amor de su vida, se sentía desesperada y en el fondo seguía llorando el adiós de su amor. Tantos fueron los daños causados que el precio que la vida le cobraba, era alto. No merecía ser amada. No merecía ser feliz.

Harta de sentirse destrozada por dentro, corrió a refugiarse tras una felicidad momentánea. Se fue al lugar donde por minutos se olvidaría de todo, pues las emociones la catapultaban a otra dimensión, una ya conocida y oscura como su alma. Al volver a la realidad, contempló su cuerpo desnudo junto al

de un extraño que se disponía a vestirse. Se recargó en la cabecera de la cama, llevó sus piernas hasta su pecho y observó todo a su alrededor. El hombre se acercó a ella, le dio un último beso y le arrojó un par de billetes en la cara. Esa falta de respeto le recordó a Jeremías, él nunca la hubiese tratado así. Por primera vez se le pudo ver destilando agua salada de sus ojos. Se odiaba por permitirse sentir así. En voz alta no paraba de repetir “nadie me amará jamás”. Y si era privada de amar, entonces, ¿para qué seguir atormentándose consintiendo sentimientos de remordimiento? Se limpió las lágrimas, tomó el teléfono a su costado, marcó y pronunció: “que pase el siguiente”.

Amor cruel



“Entonces lloré por él y lloré por mí,
y rece de todo corazón no encontrarme con él nunca más en mis días”.

-Gabriel García Márquez.

Mi nombre es Ileana. Mi delito: enamorarme de la persona equivocada. Muchas historias de desamor se han oído. Hay muchos motivos por los cuales termina una pareja. No sé si es porque esto me pasó a mí, pero, a pesar de que muchos me han fallado y herido, nadie fue tan cruel como Tony.

El verano pasado salí de vacaciones a un pequeño pueblo a cuatro horas de casa. Paseando fui a parar a un bar, el cual me llamó la atención por la música que salía de él: música de los 80's. Para mi sorpresa era una banda la que estaba tocando. Me situé en una de las mesas del fondo, queriendo pasar desapercibida, pues iba sola —no, no me preocupaba la soledad, más bien que pensaran que estaba loca—. Poco a poco el espectáculo fue llegando a su fin. Ya había terminado la cena, así que lo mejor era irme. Cuando me disponía a hacerlo, el joven guitarrista de la banda me detuvo gentilmente. Me

saludó y me indicó su nombre. Tony. No perdió tiempo, confesó haberme visto cuando entre y también que le llamé la atención. Me invitó un trago y es trago trajo dos más consigo y así sucesivamente. Después de una larga charla y de intercambiar números, regresé al hotel a descansar con una sonrisa en el rostro. Realmente disfruté esa noche.

El interés mutuo hizo que alargara mi estancia. Aprovechamos para conocernos y entre cada dato, regalarnos un beso. Me cautivó. Y más cuando por las noches llevaba su guitarra para deleitarme con su melodiosa voz. Un mes vacacioné, después tuve que volver a casa. Fue difícil separarnos, pues fueron muchas las caricias que compartimos. La distancia lo único que generó fue que crecieran nuestras ansias locas de tenernos, de amarnos un poco.

Me convenció de mudarme a su pueblo. Me juzgaron loca, pero, ¿quién en su sano juicio no comete locuras por amor? Lo seguí. No llegamos a vivir juntos, pero sí formalizamos nuestra relación, conocí a su familia y él a la mía. Todo parecía ir bien. Un par de enamorados que disfrutaba el uno del otro. Los sentimientos que Tony despertaba en mí... Nadie más lo había logrado. Esa forma tan suya de quererme, de acariciarme el alma con su voz, era sorprendente.

Cumplimos veinticuatro meses juntos. Literal, juntos, pues no había ni un solo día en que no me visitara o yo lo acompañara a sus tocadas. Quizá ese fue uno de los errores que cometimos. Un día me llamó para invitarme al cine, dijo que pasaría por mí a las ocho. Las manecillas del reloj avanzaron, cruzaron las ocho, llegaron hasta las once. Su celular me mandaba a buzón. No me preocupé, al día siguiente lo vería, quizá tuvo un imprevisto. Se le fue haciendo costumbre plantarme. Cuando le preguntaba el por qué, evadía el tema. Lo hacía realmente bien, lograba despistarme.

Todo terminó justo el día en que se casaba mi mejor amigo. Se preguntarán el motivo. Vaya, fue la cotidianidad y la monotonía. Ese día se

suponía que me recogería, pero al último momento prefirió no hacerlo. Si, lo prefirió. Lo supe porque después de haberme llenado de coraje, tomé un taxi con dirección a su casa. Sabía muy bien dónde guardaba la llave de repuesto, así que no hubo necesidad de llamar a la puerta. Mi pensamiento recreaba imágenes de Tony con alguna chica, creía que me engañaba. Cuando entré estaba ahí, tendido en el sofá, con un tazón de frituras en una mano y en la otra una lata de cerveza. Veía el fútbol. Fue extraño. No comprendía.

Se atemorizó cuando pronuncié su nombre y me preguntó qué hacía. Contesté con otra pregunta.

—¿Qué haces ahí? ¡Se supone que iríamos a la boda de José! —le grité.

Perezosamente volvió a tomar su lugar en el sofá. Despilfarrando rabia, fui hasta él y de un manotazo tire las frituras que llevaba en mano. Sus ojos se desorbitaron, más no mostró señales de enfado. Su tranquilidad me sacaba de quicio. Por primera vez me sentí fuera de sí, ignorada, poca cosa. Exhausta y con el maquillaje corrido por el sudor y las lágrimas fugitivas de la ira, me senté en la mesita que adornaba el centro de la sala, bajé mis hombros y le pregunté nuevamente.

—¿Qué nos está pasando? ¿Por qué de la noche a la mañana tu actitud cambió?

—Me aburrí de ti —dijo dando un trago a la cerveza y reacomodándose en el sofá.

Sus palabras fueron como espadas, atravesaron todo mi ser.

—Explícame, Tony, porque no entiendo nada.

—Siempre complicándote la vida, Ileana —pronunció exasperado—. Así de simple, me aburrí de ti, de lo que tenemos. Cuando te veo ya no me provocas nada, ya no tengo esa necesidad de estar contigo y sentirte cerca en todo momento. Justo ahorita, me asfixias, me... me das lastima. Te ves tan

patética.

Sollozando, me lance sobre él con la intención de estrecharle la palma de mi mano en su precioso rostro, aquel que me encantaba contemplar por las noches cuando se quedaba dormido. Sus reflejos lograron detener el golpe. Apretó mi muñeca con tanta fuerza que por un momento temí, me la fuera a fracturar. Presa del dolor, no me quedó más que caminar hacia donde me conducía. Abrió la puerta y me empujó.

—Regresa con tu familia, Ileana, aquí ya no tienes nada qué hacer, lo nuestro terminó. Confieso que fue bonito compartir contigo, pero ya, ya la chispa se apagó —expresó antes de cerrarme la puerta en la cara.

Para mi mala suerte, comenzó a llover. Empecé mi camino de regreso, pidiendo al cielo que con su llanto limpiara el mío. Tony fracturó mi corazón y autoestima de una manera inimaginable, tanto que, aún después de veinte años, sigo protegiéndolo de posibles amenazas. Le puse armadura, lo revestí de acero y ahora vive prisionero. Nadie, absolutamente nadie, volvería a tener acceso a él. Estas son las consecuencias de un amor cruel.

Por sostener el amor...



“Asegúrate de no hacerte pedazos
al intentar arreglar a un hombre que ya está roto”.

-Mr. Amari Soul.

Había un grave problema en su matrimonio. Él era adicto a las drogas, pero eso era algo que desde hace tiempo le había dejado de importar a Sofía, a pesar de que ella era la que pagaba el precio. Ante la sociedad parecían ser el matrimonio feliz, sin problemas, sin embargo, entre cuatro paredes, su vida era un total averno.

Sofía estaba aferrada en ayudar a Isaac, solía decir que así la vida se le fuera en ello, lograría alejarlo de ese veneno que poco a poco lo mataba. No se arrepentía de haberse casado con él, siendo que desde el noviazgo supo de su adicción. Cada mañana al despertar y verlo a su lado, rezaba a Dios para que le diera fuerzas y poder continuar en la batalla. Sofía no creía en las casualidades, se cegaba comentando que si Dios permitió ese matrimonio, era por algo.

No tenían hijos, las veces que lograron concebir, tuvo abortos espontáneos debido a lo mismo. No era ella, era él. Sin embargo, ahí seguía su lado, aguantando insultos, golpes, malos tratos. Así lo quería ella.

Isaac podía ser el hombre más amoroso cuando quería, aunque eran pocas las veces que tenía un gesto tierno para Sofía, pues desgraciadamente la necesidad de olvidarse del mundo y sentir esa adrenalina, era cada vez más frecuente. De consumirlas cada tercer día, pasó a tomar dosis diarias, una tras otra. Se ponía insoportable e incontrolable, no había poder humano que lo hiciera razonar.

Una tarde lluviosa, Isaac regresó a casa para consumir su veneno, recién lo había comprado y estaba ansioso por ya ingerirlo. Sofía estaba cocinando, preparaba el caldo tlalpeño que tanto le gustaba a su marido. Empezó a escuchar golpes fuertes. Era Isaac que no podía contener la euforia que drogarse le causaba, por eso golpeaba la mesa tan fuerte. Se acercó a él y lo tomó de las muñecas, pero se le olvidó que era más fuerte que ella.

—Tranquilo, mi amor. Tranquilo —le susurraba.

Isaac alzó el puño fuertemente y deshizo el agarre de Sofía, causándole un golpe en la barbilla y provocando que se mordiera la lengua. Le sangraba mucho. Corriendo hacia el fregadero, se enjuagó la boca y volvió para cuidar a su esposo.

—Isaac, tienes que seguir asistiendo a las rehabilitaciones. Mira cómo estas.

—¡Cállate, mujer! No me molestes, vete a hacer tus cosas —le gritó, empujándola a la vez para sacarla de la habitación.

—No, Isaac. No dejaré que te encierres. —Forcejeaba con él.

—¡Lárgate! —Le soltó un bofetón que la tumbó al suelo.

Sofía lloraba ante el dolor, no ante la situación que se repetía. Débilmente se puso en pie, volvió a la cocina y sacó las llaves de las puertas

de adentro de la cajonera. Regresó a abrir. Isaac estaba ingiriendo más líneas. Desesperada, hizo lo que muchas otras veces: tiró todo cuanto había encima de la mesa, esparciendo el polvo blanco por el suelo.

Su marido encolerizó, estaba rojo de ira. La tomó por el cuello, estampándola contra la pared. Si Sofía no actuaba, la mataría. Internamente lloró de una forma desmesurada, era ella o él. El aire la faltaba. Alargando el brazo, alcanzó el cuchillo con el que hace unos minutos atrás había cortado las verduras para el plato favorito de su marido. A pesar de estar endemoniado, Isaac percibió las intenciones que su mujer tenía, así que intentó quitarle el cuchillo. Sofía aún podía darle batalla, pero en el intento, el cuchillo atravesó la piel de ella, justo en el abdomen. No fue solo un accidente, el arma blanca se hundió cinco veces más en su carne. Si, la vida se le había ido tratando de rescatar a su marido.

Con lágrimas que desbordaban del alma, Sofía llegó al cielo y se formó en la larga fila que le daría el pase a la habitación que habían reservado para ella. La mujer que se había formado atrás, le hizo conversación.

—Hola, me llamo Sara.

Sofía volteó a verla. Sara no tenía hematomas ni rasguños, tampoco golpes y mucho menos heridas. Extrañada, Sofía le preguntó.

—¿Por qué llegaste hasta aquí intacta? ¿Cómo moriste?

Sara sonrió.

—Tuve un derrame cerebral provocado por un exceso de cosquillas, mientras mis nietos y yo jugábamos. A mi edad, tantas cosquillas pueden matarte. Tengo 89 años. —Sofía se sorprendió. Jamás hubiera imaginado que algo que causara alegría, pudiera matar—. ¿Y tú, por qué moriste?

Su respuesta fue breve. —Por sostener el amor.

Roberto, te extraño, mi amor



“No deberías regresar con él sólo porque lo extrañas”.

-Mr. Amari Soul.

Hace un año cuatro meses que lo conocí. Hace un año que me enamoré de él. Hace once meses que lo besé por primera vez. En el transcurso de todo ese tiempo se fue metiendo en mi vida de una forma tan sutil, tan descaradamente silenciosa. Para cuando me di cuenta, fue imposible deshacer todo el enamoramiento, no lo podía sacar de mi corazón. Y ahí me encontraba esperanzada, intentando arreglar a través de él, los destrozos que me habían causado los viejos amores. Que ilusa.

Realmente me parece vergonzoso decir “viejos amores”, porque nunca quise a nadie como lo quise a él. Mis amistades se sorprendieron cuando les conté que me gustaba un chico y que comenzaba a enamorarme. Pero es que ese hombre realmente supo entrar por la puerta grande. Me atrapó. Tocó esas

fibras delicadas que nadie había tocado y que ni yo sabía que existían. Despertó en mí una electricidad y mil sentimientos que solo creía que se presenciaban en los libros. Supo compaginar con cada una de mis reacciones, con cada uno de mis sentidos.

Llegué a conocer al ángel y demonio que albergaba dentro y soporté todos sus cambios de personalidad. Amar de eso se trata, de ver lo peor de las personas y a pesar de ello, querer quedarse a su lado. Con todo y sus errores, con todo y sus desplantes para conmigo, con todo y sus mentiras, confieso que aún lo amo. A pesar de todo el daño que me ha causado y que ignora, tiene el alma más hermosa de todas. Siempre he dicho que su manera de actuar es de un chico que amó y fue lastimado, de un chico que amó y no le correspondieron con el mismo amor que daba. Indagar sobre ello me daría coraje, no por celos, sino porque todos merecemos que nos amen fuertemente, tanto que reventemos. Tan fuerte que borren de nuestra mente y de nuestra vida todo lo malo que nos han hecho. Que el corazón de uno cure con amor el del otro.

Hasta la fecha sigue sin conocer la magnitud del amor que le tuve. Creyó que no me importaba lo suficiente, que en cualquier momento le fallaría o lo cambiaría por alguien más. ¡Joder! ¿Qué más podía hacer para que se sintiera seguro? Hice hasta lo imposible, pero jamás se dio cuenta, no había manera. Quisiera tener un día entero a su lado para tratar de demostrarle con hechos que no solo le sigo queriendo, que no solo le sigo amando, sino que también quiero remediar las heridas que le causaron las anteriores.

Recuerdo que me hacía reclamos por todo. Nada de lo que hacía estaba bien. Me celaba mucho. No se dio cuenta del daño que me hizo, que sus palabras traspasaron y se incrustaron fuertemente en mi interior. En su momento dejé de hacer lo que le molestaba, todo por el cariño que le tenía y porque quería ser diferente a aquellas que lo lastimaron, pero no fue capaz de

verlo. No quiso cambiar la historia, por el contrario, me lastimó de la misma forma que lo hicieron con él.

Pero hoy tengo algo que decirte: Cariño, ni siquiera te odio, tampoco te tengo coraje ni estoy enfada contigo. Me demostraste que te da pavor que alguien te quiera de verdad, que alguien llegue a tu vida y aun viendo lo peor de ti, insista en quedarse. Gracias por las risas provocadas, por lo mucho que me hiciste sentir con esos mensajes, con los besos, con las palabras tiernas. En tus manos estaba el cambiar el rumbo de nuestra vida, pero decidiste irte por la vía fácil. Gracias por enseñarme qué es lo que no debo hacer para dañar a alguien, por hacer una mejor versión de mí. Gracias por haber provocado que te dejara, le diste el pase libre a alguien más, a alguien para que se enamore de mí realmente. Gracias a las ruinas que dejaste es que sabré no fallarle. Aun te amo, pero no debería volver contigo solo porque te extraño. El daño fue irreparable, el engaño dolió más de lo que te imaginas... Mi dignidad no me lo permitiría. De lo nuestro ya nada queda, ya nada es rescatable.

Yo soy Jasmine y el que les presento, Roberto, aquel al que llamaba “mi amor”, quien me destrozó el corazón.

Descansa en mis brazos, amor



“Nadie nos advirtió que extrañar,
es el costo que tienen los buenos momentos”.

-Anónimo.

Merlina había sufrido una recaída por tercera vez, el cáncer no quería ceder ante las quimioterapias y demás medicamentos que le administraban. Pero ella era fuerte y aguerrida, peleaba aunque terminará tendida en la lona. A principios de año, en una de las quimioterapias, le tocó conocer a Marco, un joven de veinte años a quien le hacían transfusiones de sangre en la camilla contigua.

Ambos estaban pálidos, ojerosos, pero el aspecto no importaba en esas circunstancias. Ella, siendo una parlanchina, fue quien se acercó a él para preguntarle su nombre y el motivo por el cual estaba ahí.

—Me llamo Marco y tengo purpura, una enfermedad de la piel. — Merlina puso cara de desconcierto—. Mi sistema tiene problemas para coagular la sangre —explicó.

Ella asintió.

—Un gusto, Marco. Espero verte pronto, aunque no en las mismas condiciones —dijo apenada.

—Entiendo. Igual, espero verte más seguido. —Sonrió.

Ese fue el día que se conocieron, exactamente un 20 de enero. Desgraciadamente sus encuentros serían más frecuentes de lo que se imaginaban, pues ambas enfermedades no quitaban el dedo del renglón. Al mes volvieron a coincidir, se enfrascaron en una plática interminable, que literal, tuvieron que decirles que otro día continuaran, pues era hora de irse y había más pacientes que atender.

La enfermedad de Marco estaba más avanzada que la de ella, de hecho, en la última revisión, ya lo habían desahuciado. Cuatro meses, a lo mucho cinco, eran los que le daban. Por el contrario, a pesar de la fuerza de la enfermedad de Merlina, ella iba progresando.

A la siguiente cita acordaron salir, querían ir al cine, pero para Marco era imposible, dependía de todo un sistema que lo ayudaba a mantenerse con vida. Así que Merlina decidió llevar el cine hasta el hospital, instalando una pantalla y un reproductor DVD. Las sonrisas en sus rostros no tenían precio. Dos almas que se hacían compañía en los días grises, tratando de ponerle un poco de color. A Merlina le encantaba ver sonreír a Marco, especialmente por esos hoyuelos tan tiernos que se le formaban en las mejillas. Fue un maravilloso fin de semana el que pasaron.

Afortunadamente, Merlina cada vez iba menos a tomar quimioterapias, pero eso significaba no más idas al hospital, sin embargo y pese a que odiaba el lugar, tenía un gran motivo por el cual seguir asistiendo. A la siguiente semana llevó videojuegos, pero Marco ya estaba muy débil como para poder sostener un buen rato los mandos. Merlina entristeció, pues sabía perfectamente que en una de sus visitas, quizá la cama de Marco estaría vacía,

y no precisamente porque lo hubieran dado de alta.

Se habían encariñado mucho, entonces las visitas semanales pasaron a ser diarias, no había tiempo que perder. Todos los días, Merlina llevaba algo diferente para entretenerse y todas las noches, leían juntos un libro para escapar de la realidad. Ambos se entendían, estaban en los mismos zapatos. Al siguiente fin de semana, Marco le había pedido que llevara su película favorita, hace mucho tiempo que no la veía y ya comenzaba a olvidar aquellos detalles que más le habían causado gracia. Merlina lo complació, como en todo. Pero esta vez la cosa se tornó diferente, él le pidió que se recostara en la camilla, justo a su lado. Ella no puso objeción alguna, incluso le pareció cómodo estar entre los brazos de Marco. A la mañana siguiente, Marco despertó empapado en sudor, la fiebre le había subido considerablemente. Después de aplicarle compresas de agua fría y haciéndose valer de todo cuanto había a su alcance, los médicos lograron estabilizarlo. El corazón de Merlina descansó, ese no sería el día de la despedida.

Una noche se les ocurrió hacer un campamento, lo más semejante a ello fue llevar frituras y gaseosas, colgar sabanas del techo a la cama y apagar las luces para solo alumbrarse con linternas. Empezaron a contarse historias de terror, las cuales cobraron vida con todos los ruidos que el hospital segregaba. El miedo era solo una excusa para poder abrazarse más fuerte. Por la mañana, cuando Merlina le estaba dando de comer, Marco comenzó a toser fuertemente. Arrojó sangre por la boca y a los minutos, también por la nariz y los oídos. Sin explicaciones, se estaba desangrando. Bañada en sangre por estarle sosteniendo la cabeza para que no se ahogara, Merlina comenzó a llorar ante la escena de película que contemplaba. Lo estaba perdiendo. Los médicos le administraban plaquetas, pero no era suficiente, su cuerpo las expulsaba como si fuera agua. No había más qué hacer. Lo perdió.

Llorando sobre él, se aferró a su cuerpo cubierto de carmín. Sus padres intentaron separarla, pero fue inútil, las fuerzas sobrehumanas del dolor estaban en ella. Entre sollozos

solo se podían escuchar las débiles palabras que le susurraba: “descansa en mis brazos, Marco. Descansa en mis brazos, amor”.

El amor no es benigno



“Usó su olvido, una de sus mejores armas, la cual no hizo daño a mi cuerpo...
(Solo me destrozó el alma)”.

-Edgar Pareja.

Francia despertó en el cuarto del Pastor Fabián. Al abrir los ojos y darse cuenta, el remordimiento hizo acto de presencia. No se perdonaba aquella barbaridad en la que había participado. Era una malagradecida.

Hace ocho años, después de vagar por las calles, tocó las puertas de la iglesia cristiana que manejaban los pastores Fabián y Cecilia. Ella solo buscaba comida, sin embargo, los pastores la hospedaron y la convencieron de pasar la noche ahí. Era temporada de invierno y los fríos eran realmente congeladores. Le agradó pasar una noche fuera de la intemperie, resguardada bajo un techo y cobijas calientes. No quería irse jamás, la dureza de las banquetas no se comparaba con el comfortable colchón de esponja que le habían prestado.

Por la mañana, cuando la despertaron para desayunar, apenadamente,

les pidió que la dejaran quedarse otra noche más o al menos hasta que los fríos se fueran. Fabián no quería, él tenía pensado mandarla al refugio en el que servían, pero Cecilia se compadeció y consiguió convencerlo. Llegaron a un acuerdo: Francia se quedaría, pero a cambio les pagaría la estancia con labores domésticas. Francia, a su corta edad, tuvo que convertirse en ama de casa.

Los años transcurrieron y con ellos la vida de Francia, quien ya se había convertido en toda una mujer. Sabía que con su llegada a la mayoría de edad, su partida se avecinaba, pues los Pastores así lo habían acordado en su momento. Le quedaban unos cuantos meses para que ese día llegara.

Una tarde de verano, mientras Cecilia estaba dando clases de teología a los congregantes, Francia estaba aspirando la casa. Escuchó el azotar de la puerta. Fabián había llegado. Vio como Francia yacía a gatas en el suelo, aspirando por debajo de los sofás. A pesar de lo largo de su vestido, no evitó que Fabián la deseara —después de todo, su humanidad tenía dominio sobre él—. Desde ese día, el Pastor comenzó a verla con otros ojos, conteniendo las ganas de besar esos labios a los que jamás había puesto atención y ahora no podía sacar de su mente. El deseo era palpable. Su única intención era calmar las ansias de hacerla suya.

Después de un par de semanas, se presentó una misión en el país vecino, así que no desaprovechó la oportunidad de mandar a su querida esposa para allá. Tenía un mes entero para planear su comedia. Empezó a mostrarse más atento con Francia, le bajó la carga de trabajo y de vez en cuando le daba algunos días libres. Francia no percibió ninguna mala intención, después de tantos años conviviendo con los Pastores, por su mente no pasaba ningún peligro.

En esa misma semana sería el cumpleaños del Pastor Fabián, motivo por el cual Francia decidió prepararle un pastel para celebrarlo. Cuando

Fabián regresó del trabajo, se sorprendió al ver la cena que le habían preparado junto a su pastel favorito. Llamó a Francia y le pidió que sacara el tequila de fiesta. Le invitó una copa, la cual negó, pues no tomaba alcohol. Tanta fue la insistencia para que consumiera, que al final terminó accediendo. La convenció de tomar uno tras otro hasta llegar al grado de no poder sostenerse en pie. Con alevosía y ventaja la llevó hasta su recámara, la desvistió y comenzó a besarla. Frente a los ojos de Dios se tumbó sobre ella y la hizo suya cobardemente.

Francia lloró el abuso. Más que su cuerpo ultrajado, su alma había sido desgarrada.

Un par de meses después los mareos y náuseas la visitaron, anunciándole la llegada de un ser inocente, tal como era ella hasta hace unas semanas atrás. Con una prueba de embarazo casera, corroboró lo evidente. Se armó de valor y fue hasta el estudio de Fabián, sin pensárselo dos veces le dijo que estaba embarazada de él. Poca importancia le dio el Pastor a sus palabras, lo único que salió de su boca impura fue una orden.

—Abortarás.

Los ojos de Francia se abrieron como platos. No, ella nunca acabaría con la vida de su vida. Esa no era una opción. Sabiendo que no podía contar con su apoyo, dio media vuelta para salir de la horrible habitación que guardaba los más oscuros secretos del “ungido del Señor”. Fabián, sin pensarlo dos veces, la tomó fuertemente del antebrazo y la aventó contra la pared. Un tras pie hizo que cayera sobre la mesa del centro, pegando su abdomen en la esquina del tablero. Perdió el conocimiento.

Su siguiente despertar fue en una habitación reluciente con olor a limpio. Llevaba una intravenosa. Sintió dolor en el vientre. Cuando entró la enfermera a revisarla, le preguntó.

—¿Cómo está mi bebé?

La mujer la miró con ternura y de la forma más delicada, le informó lo acontecido.

—Debido al golpe, perdiste a tu bebé.

Perdió al ser que apenas empezaba a formarse en sus entrañas. Fabián se había salido con la suya: asesinó a su primogénito. ¿Qué hombre de Dios podía hacer eso? Lo que estaba claro es que Fabián poseía todo, menos a aquel al que proclamaba.

Dolida por el rumbo que las cosas habían tomado, Francia regresó a casa y empacó. Cecilia volvió antes de lo esperado. Sorprendida, no entendía por qué la decisión tan repentina de su partida.

—¿Por qué te vas? ¿Acaso te enamoraste de alguien y vas tras él? —le preguntó.

Con la mirada baja y los labios apretados, Francia prefirió no contarle nada de lo que Fabián había hecho. Si Cecilia no le creía, solo se echaría una enemiga más.

—No lo entenderías —respondió—. Gracias por haber llenado ese vacío que mi madre dejó. Eres una persona maravillosa. —La abrazó.

Tomó la maleta y salió del lugar al que un día llamó hogar. Caminó hacia donde el sol se oculta, desapareciendo entre los rayos fervientes que emanaba. Tantos recuerdos bellos habían cosechado y solo uno, solo uno los empañaba.

Mi amor no volvió



“Aunque mi boca calle con la muerte,
mi corazón te seguirá hablando”.

-Rabindranatah Tagore.

Mi amor salió un día muy temprano rumbo a su lugar de trabajo; todas las mañanas tomaba el transporte público —salía más económico que ponerle gasolina al auto para atravesar toda la ciudad—. Ese día se levantó tan radiante, sonriendo como pocas veces la podía ver —en el fondo sabía que se debía a un chico—. Se maquilló y se peinó agregándole un plus a su rutina habitual. Le preparé el desayuno. Al bajar a la cocina me dio un beso en la mejilla y se disculpó por no poder quedarse a desayunar, así que envolví la comida para que se la llevara. No salió sin antes recordarme cuánto me amaba, como siempre hacia. Solo éramos ella y yo.

Al llegar a la oficina me llamó para decirme precisamente eso, que ya había llegado y que a la hora de la comida me volvía a marcar, simplemente para saber cómo iba mi día. Siempre estaba muy al pendiente de mí. Tal como

dijo, a las dos en punto el teléfono estaba timbrando. Le respondí que me encontraba bien, que estaba en casa de su abuela cocinando para la familia. Ella me dijo que estaba muy atareada, el día se estaba tornando pesado y tenía una infinidad de informes por realizar, es por eso que lo mejor fue despacharla y colgarle.

A las ocho de la noche, ya oscurecido, me volvió a marcar para decirme que se quedaría una hora más trabajando, pero que no me preocupara, pues su nuevo novio la traería de vuelta a casa. Sus palabras no me calmaron en lo absoluto. No me preocupaba que ella hiciera algo indebido, me preocupaba el hecho de que el mundo es tan humano, que se le ocurren tantas atrocidades para cometer. Decidí esperarla despierta, lo más tarde que podía llegar, sería a las nueve y media.

Cuando el reloj marcó las diez, le llamé. Me respondió la contestadora. Me imaginaba lo que quizá estaría haciendo con su novio. En lo más interno esperaba que fuera eso y no otra cosa. Once de la noche. Nada. La preocupación ya se había apoderado de mí, pues nunca pasaba de largo, siempre me avisaba, fuera a donde fuera. Le marqué a Luisa, su mejor amiga, para preguntarle sobre el chico con el que andaba y de paso pedirle su número telefónico. Después de eso llamé a Noel —así se llamaba el susodicho— y le pregunté dónde estaba ella. Me dijo que la estuvo esperando fuera del trabajo, le marcó incontable número de veces y como no le respondió, se marchó del lugar. La incertidumbre ya roía mi sistema entero.

Llamé a mi hermano, le conté lo que estaba pasando y le pedí que viniera por mí para ir a buscarla. Recorrimos la colonia entera donde se encontraba su trabajo y ni un rastro de ella. Aún no pasaban 72 horas, pero todo apuntaba que Kiara había desaparecido. Desalentados, regresamos a casa donde ya se encontraba toda la familia. Presos del miedo, imaginándonos lo peor, fuimos ante las autoridades.

Los oficiales nos dijeron lo que ya sabíamos, necesitábamos esperar a que se cumpliera el plazo para reportarla como desaparecida y activar las alertas pertinentes. Yo no podía esperar tanto tiempo, en ese lapso ella podía estar siendo vendida, asesinada, violada... Salimos por las calles, preguntamos a las personas si la habían visto, pegamos carteles de “SE BUSCA” y gritamos una y mil veces su nombre esperando escucharla.

Después de dos días, volvimos para poner la denuncia. Me sacaron tantas opciones posibles del por qué Kiara desaparecería, siempre pensando que más que un secuestro, fue una huida. Kiara no huiría por nada del mundo, no tenía motivos para hacerlo. Pedí que interrogaran a su novio, a pesar de haberme dicho que no la encontró en el trabajo. Se suponía que él la recogería ese día. Algo no cuadraba.

Días después, al volver a dar otra ronda por la oficina de Kiara y habernos topado con cientos de comentarios que insinuaban que ella había provocado su secuestro, se me ocurrió revisar las cámaras que el banco de enfrente tenía. Acompañé a la policía hasta el lugar y en las cintas apreciamos como Kiara se subió a un auto, que a los pocos minutos supe era de Noel, el supuesto novio. En las imágenes no se vislumbró que la hubiera devuelto a la oficina como para que después saliera sola y la hubieran levantado.

Junto a los oficiales fui hasta casa de Noel, donde lo arrestaron para interrogarlo. No dejé que se lo llevaran sin antes darle un par de bofetadas y a la vez rogarle que me dijera dónde estaba ella. No cayó en mis provocaciones. Los agentes ineptos tampoco le sacaron información, aunque juraban que hacían todo lo posible. Ya una semana había pasado y no había nada sobre Kiara.

El viernes por la madrugada tocaron el timbre de casa, salí apresurada sin tomar precauciones, por mi mente pasaba que podía ser ella, que la habían soltado después de haberla usado para sus cobardes fines. En la puerta había

un contenedor de basura. Temiendo, me acerque y levante la tapa. La bolsa de adentro estaba bien amarrada, así que corrí por unas tijeras para cortarla. No sé de dónde agarré fuerzas para hacer tanto. Cuando abrí la bolsa, sí, era lo imaginable, eran simples desperdicios. Quienes la habían raptado, ya sabían que la estábamos buscando y la broma solo corroboraba que había sido algo planeado.

Nunca llamaron para pedir rescate, así que de dinero no se trataba. Los fines maliciosos, nadie más que ellos los conocían. El fin de semana por la noche sucedió algo similar, solo que esta vez, en la puerta descansaba una maleta. Cuando la abrí me topé nuevamente con lo esperado, dentro yacía el cuerpo de mi hija Kiara. Si, pues después de tanto tiempo y sin pedir dinero, mi corazón ya presentía que ella no estaba en este mundo.

El corazón se me aceleró y el mareo y náuseas se presentaron a los pocos segundos. Desconsolada, me aferré a ella sin importarme el mal olor que desprendía. Estaba pálida y fría. El cabello se lo habían cortado. Tenía unos cuantos golpes en la cara —había luchado mi pequeña—. Permanecí a su lado hasta que mi hermano llegó a casa para ver cómo me encontraba, después llamó a las autoridades y me obligaron a despegarme. No quería dejarla ir. No otra vez.

La autopsia reveló que la habían torturado y por último, le habían retirado sus órganos internos. Todos ellos. Sin compasión, la dejaron vacía. Sin compasión, destrozaron mi alma. Un acto tan cobarde y cruel que no merece perdón de Dios. Una ley divina sería la que se encargaría de ellos y de Noel, quien después de haber aparecido el cuerpo, reveló que él la había entregado para que vendieran sus partes en el mercado negro.

No, mi hija no propició que la mataran, que la ultrajaran. Mi hija no vestía faldas cortas ni blusas escotadas para provocar a los hombres. No se subía a coches con desconocidos ni agregaba a cualquier persona en redes

sociales como para decir que buscaba aventuras. Nada de lo que la sociedad, la policía y los medios de comunicación insinuaban, había sido la causa de que me la arrebataran. Mi hija solo amó como sabía hacerlo: sin medida.

Aquí en su cuarto, sentada sobre su cama, contemplando sus fotografías, es el lugar favorito en el que me permito recordarle y llorarle hasta que me seco. Cada día recobro nuevas fuerzas y relleno mi banco de lágrimas, pues es imposible no entrar aquí y acordarme de su sonrisa, de la alegría que desprendía, de los besos que cada mañana me daba antes de irse a trabajar. Por las noches su ángel me acompaña, se recuesta a mi lado y mientras lloro, me acaricia el cabello y me dice: “Gracias. Gracias porque me conocías tan bien que nunca hiciste caso de lo que la gente decía. Nunca dudaste de los valores que me inculcaste. Gracias por buscarme por cielo, mar y tierra, mamá. Te amo”. Me duele que hayan arrancado de mi lado al ser que más amaba. Me duele de una manera que pocos comprenderían.

Una mañana mi hija salió de casa con rumbo a su trabajo. Lo último que nos dijimos fue “te amo”. Al menos partió con el corazón lleno de amor. Una mañana la vi cerrar la puerta sin saber que no volvería. Mi amor no volvió a los brazos de mamá.

Memorias de un amor



“Todo el mundo lo sabe: cuando te rompen el corazón en mil pedazos y te agachas para recogerlos, sólo hay novecientos noventa y nueve trozos”.

–Chris Pueyo.

3 de Mayo de 2018

¿Recuerdas nuestras primeras llamadas, amor mío? Eran en la madrugada porque solo a esa hora podíamos. Me empezaba a acostumbrar, siempre esperaba despierta porque ya sabía que después de las once de la noche, tu voz escucharía. Éramos solo amigos en ese entonces, aunque ya empezabas a importarme más de la cuenta. Era feliz con solo escuchar el compartir de tu día, así fuera lo mismo cada noche, me hacía inmensamente feliz.

¿Recuerdas aquella tarde en que rozaste primorosamente mis labios con la yema de tus dedos?

Ese día te había comprado un postre. Te mandé un texto para saber a qué hora

podía dártelo. No quisiste esperar, pediste que te lo diera ya, en el instante, pues ibas de salida y no sabías a qué hora llegarías. Salí coquetamente, rodeé la camioneta que ya estaba encendida esperando por ti, me recargué en ella y le hice compañía. Saliste con esa camisa de mezclilla que tiempo después se volvió mi favorita, pues me hiciste saber en una de nuestras tantas charlas por teléfono, que especulabas en quimeras con que la vistiera. Me saludaste. Te entregué el postre. Por unos segundos o quizá minutos te quedaste viendo fijamente mis labios, los cuales teñí horas antes de un morado metálico. No pudiste sucumbir ante tus deseos, con la yema de dedos los rozaste lentamente hasta llegar a la barbilla. Ni tú ni yo imaginábamos lo que se vendría.

¿Recuerdas los pastelillos que me regalaste por mi cumpleaños, amor mío? Sí, me los diste un día después de mi cumpleaños, pero no porque se te haya olvidado (al menos eso quiero pensar), sino que llegaste muy tarde ese día de invierno y solo me llamaste. Recuerdo que me dijiste: “¿pensaste que se me había olvidado?” y yo te conteste que sí. Pero no, ahí estabas en tiempo y forma dándome tus buenos deseos, aquellos que, sinceramente, esperaba con ansias por encima de todos los demás. Al siguiente día, por la tarde, me hablaste para que saliera, nos sentamos debajo de un árbol y me entregaste los pastelillos. Bromeaste diciéndome que tenían toloache. Aún sigo pensando que quizá era cierto.

¿Recuerdas nuestra primera cita, amor mío? Estabas afuera de mi casa, me llamaste y pediste que saliera para platicar, entonces las llamadas cobraron vida; mis ojos tenían un brillo diferente y una sonrisa eterna enmarcaba mi rostro. No se me olvida que salía a escondidas de casa; de puntillas bajaba las escaleras y trataba de hacer el menor ruido al abrir la puerta. Temía que me descubrieran, pero nada podía con este sentimiento tan profundo de querer verte. Nuestro sitio era debajo de ese árbol desnudo por el invierno, fue él nuestro testigo de caricias compartidas, de besos en los que se

nos iba la vida, del amor que comenzaba a nacer.

Amor mío, ¿recuerdas aquella noche lluviosa en la que estuvimos sentados en la barda del porche? No sé si lo que expresaste fue consciente o inconsciente, pero me platicaste los planes a futuro que tenías para los dos, nos visualizabas a ambos compartiendo una casa, un automóvil, viajando, haciendo el súper y más cosas de la vida cotidiana. Solo podía sonreír al escucharte y mi corazón rebosaba de alegría al saber que me hacías parte de tu mundo.

¿Amor mío, recuerdas cuando te fuiste a trabajar sin avisarme y me enfadé? Llamé por la mañana porque mi auto se había descompuesto, quería que me socorrieras, pero vaya sorpresa la que me llevé, estabas a ocho horas de distancia. Me molesté porque no me lo comentaste, me molesté más al pensar que podía perderte, pues las relaciones a distancia nunca me habían gustado, pensaba en eso que dicen: “amor de lejos, amor de pen...”. Temía te olvidarás de mí y conocieras a alguien más, pero mi confianza aumentó con ese te amo que traspasó la línea telefónica y más aún cuando me aseguraste que tu corazón era mío y que pronto volverías. Para calmar las ansias locas que tenía de verte y sentirte, grabé un mensaje para ti con ayuda de la nieve que cubría los coches; sé que recuerdas muy bien la frase que cifré. Aunque suena poco, fue difícil estar casi un mes y medio sin tenerte, pero mi esperanza no moría, te encargabas de ello, casi diez llamadas al día recibía; platicábamos de todo y nada. Desvelarme contigo era de mis cosas favoritas.

¿Amor mío, recuerdas aquella madrugada en la que llamaste y me hiciste llorar? Creo que no, porque nunca te lo dije y dudo que hayas escuchado los sollozos. Después de contarme tu día, me recordaste el por qué me elegiste; resaltaste mis cualidades, me hiciste saber que estabas a gusto conmigo porque te apoyaba y entendía, porque estaba ahí para ti cuando me necesitabas. Me sentí tan amada y por primera vez sentí que podía permitirme

ser frágil, pues tú estarías ahí para sostenerme.

Ay, amor mío. ¿Recuerdas cuando nos volvimos a ver después de todo ese tiempo separados? Era un lunes como a eso de las once de la mañana, iba llegando de trabajar cuando te pedí que vinieras porque no podía esperar ni un día más sin verte. Después de dejar el bolso en la habitación, volví a la puerta y entonces mis ojos se inundaron de agua. Te abrace tan fuerte que no quería desprenderme, no quería que te volvieras a ir. Correspondiste mi abrazo, me besaste y entonces emprendimos nuestro camino escaleras arriba. No hizo falta intimar, estábamos exhortos platicando, volviéndonos a conocer, besándonos y acariciándonos de una forma delicada.

¿Recuerdas aquella madrugada en la que me mostraste tu lista de reproducción favorita, amor mío? Llegaste y me llamaste para que saliera, no pude decir que no, nunca podía decirte no. Salí y me monté en tu camioneta para hacerte compañía, me recibió ese olor a tabaco entremezclado con alcohol que tanto me gusta, pusiste música, cantabas y me narrabas anécdotas de cuando eras pequeño. Jamás te había visto así de feliz al recordar, nunca querías hablar de tu pasado y desconozco el por qué, igual yo te amaría con tus defectos y virtudes, pues aunque perjurabas que eras el hombre más imperfecto, ante mis ojos eras la perfección total.

No quería sacarlo a flote, pero ¿recuerdas aquella apuesta que hicimos, amor mío? De haber sabido que sería la causante de lo que ahora sucede, jamás la habiéramos planteado. Una apuesta tonta que se me olvidó al siguiente día, pero que tú seguías jugando. La andrómida comenzó. Te comportabas diferente, de un día para otro dejaste de procurarme, de llamarme, de visitarme. Nada me pasaba inadvertido, mi corazón se astillaba. No respondí de la mejor manera y lo reconocí, ¡pero nunca me informaste que la apuesta seguía en pie! Y entonces te molestaste por mi reacción ante la situación. Si antes fuiste indiferente por esa apuesta, después lo fuiste por

decisión propia. Te realicé miles de escritos, casi de la misma magnitud que este, para hacerte saber cómo me sentía, pero ninguno respondiste. Créeme, amor mío, que no tener respuestas de tu parte me hería a más no poder. Los silencios hieren, hieren más que las palabras.

¿Amor mío, recuerdas aquella mañana en la que te llamé y me contestó otra persona? Si anteriormente me hacías llorar de felicidad, esta vez clavaste la daga de la indiferencia muy profundo, tanto que sentí el dolor, literalmente, en el pecho. Te había hecho el almuerzo como me lo habías pedido el día anterior, pero no alcancé a dártelo, te fuiste. Llamé porque quería escuchar tu voz, más escuché la de un desconocido que me decía que estabas ocupado trabajando. ¡Mentiras! ¡Sabía perfectamente que no te gustaba que agarraran tu celular! Primero matabas. La daga se clavó y antes que pudiera sacarla, se quebró, dejando una herida para siempre en el corazón.

Decidí irme por unos días y darte tu espacio, pues por más que me disculpaba, tu orgullo no se quitaba de en medio. Ambos tuvimos la culpa, aunque no reconociste tu parte, sin embargo, había sido entrenada para cargar mi cruz y ayudar con la suya a los demás. Tú no serías la excepción. En mi ceguera llegué a pensar que podía amar por los dos, que ilusa fui. Quise reconquistarte otra vez, de verdad que en las noches me la pasaba pensando en cómo hacerlo, incluso planeé algunas estrategias, pero no las lleve a cabo por el miedo a que, como anteriormente lo hacías, me ignoraras.

Justo el día de mi regreso, por la noche, creí haber presenciado una reconciliación. Estaba feliz, creí que tu amor volvía a ser mío. Fue un amor a medias, un amor rasgado. Por más que lo deseé, las cosas nunca fueron como antes, llegué a conformarme con tu poco tiempo, con tal de no perderte otra vez y que fuera definitivo. ¡Qué tonta fui! Tus besos me nublaron la mente haciéndome creer algo que no era; era una vana reconciliación, era más bien una despedida de tu parte.

Así aguanté dos semanas más, teniendo un amor intermitente, hasta que dije no. Lloré un día entero tratando de tomar las fuerzas necesarias para decir “¡basta!”. Sabes muy bien qué pasó después: lo logré. Intenté dejar de llorar para poder llamarte, pero fue imposible, las lágrimas negras salían a borbotones, entonces tuve que llamarte así, con el alma rota. No contestaste. Deje un mensaje de texto pidiendo me devolvieras la llamada, para mí era urgente que lo hicieras, de lo contrario, probablemente me acobardaría. Llamaste al instante. Al solo escuchar tu voz el corazón se me estrujó, el nudo en la garganta me paralizó, más tu apremiante voz me obligó a hablar, a pronunciar aquellas palabras que me darían paz: tenemos que terminar.

Continué llorando por un día, mis ojos parecían dos líneas rectas perfectamente trazadas. Me quería desconectar del mundo porque estaba en medio de dos bandos; uno que me decía que estuvo bien lo que hice, que ya no perdiera la poca dignidad que me quedaba, mientras yo pensaba que la dignidad no se pierde por amor. Y el otro que me intentaba convencer de lo contrario, diciéndome que me había apresurado al haber hecho lo que hice. En el fondo sabía que dejarte había sido la decisión correcta. Hice una entrega total; borré tu número, borré tus mensajes, te dejé de seguir en las redes sociales, no porque no quisiera saber de ti, sino porque me sentía tentada a volver y esa no era una opción. Y así pasaron los días, los meses...

Me enteré que estás rehaciendo tu vida, amor mío, que sales con alguien más. Me entristece y enferma pensarte con otra mujer. Me mata esta imaginación innata que poseo, pues todo lo que hiciste conmigo, lo recreas al lado de ella. Fingir que te he olvidado, cansa. Fingir que ya no me duele recordar todo lo vivido, fatiga. Aún te sigo queriendo y más que eso, amando. No sé si podré soportar verte constantemente a su lado, o peor, viviendo juntos.

Algo me dice que aun te sigo importando. ¿Amor mío, recuerdas

cuando te invité de viaje a pesar de la situación en la que nos encontrábamos? Te mostraste entusiasmado. Confieso que me importó poco haberte invitado sabiendo que tenías novia, creí que haciendo ese viaje las cosas podrían mejorar, quizá no volver como amantes, pero sí como amigos. Ya perdí la cuenta de las veces que me he dicho que soy una ilusa.

Pero no es por eso por lo que pienso que aún te importo, sino porque... ¿Recuerdas aquella madrugada en la que llamaste con la excusa tonta de querer mostrarme unas cosas que habías comprado, justo antes de haberte traído a esa mujer a tu casa? Decidí salir a pesar de todo, porque creí que tal vez algo pasaba y no querías contarme por teléfono. Te vi de pie en la entrada y fue inevitable no acordarme de todo lo que ya he plasmado aquí. Me invitaste a pasar a tu casa, más recuerdos volvieron a surgir. Pensé que hablaríamos, pero la cosa se tornó diferente, tú no querías hablar, como siempre. Se me hizo muy extraño desde el principio, incluso recuerdo haberte preguntado si andabas en tus cinco sentidos, y sí, estabas lucido. Me atrapaste entre tus brazos y me preguntaste el por qué te había dejado de hablar. No pude creer que lo hicieras. ¿Qué acaso no te diste cuenta de todo lo que nos aconteció? Como no cedí, te dispusiste a dormir, y yo a irme confundida, pensando en por qué si la tenías a ella, recurrías a mí. Salí soltando una lagrima entre cada elucubración de si lo que había pasado suponía una mejora para nosotros.

¿Recuerdas ese mensaje que me mandaste al día siguiente? Te disculpabas y no entendía por qué. Después comprendí; me utilizaste. Desconozco por qué creíste que podías jugar conmigo, quizá es porque sabes que aun siento cosas por ti. No te puedo guardar orgullo ni rencor, si lo hago la única perjudicada soy yo. Te dije que te perdonaba, que aún con tus fallas estaría para ti las veces que me necesitaras. Es una verdad a medias, pues en mí esta hacer eso, estar para ti, pero no lo estaré siempre, te encargas de

alejarme. Muy en el fondo pienso que está bien, que lo necesito para ya no pensarte; lo cierto es que no quieres que otros me tengan, pero tampoco me quieres tener tú.

¿Recuerdas que ese mismo día te pedí que nos viéramos por última vez, para poder cerrar este ciclo? Dijiste que no, te retiraste y lo acepté. La consecuencia fue la creación de esto, aquí estoy sentada junto a mi ventana, recapitulando todo desde que te conocí, viendo a las afueras como entras y sales del brazo de ella, pues por si fuera poca mi desgracia, mis miedos se hicieron realidad, ahora tengo que dormir sabiendo que ella está cerca, justo a unos metros de mí.

¿Recuerdas esa segunda llamada que me realizaste? Esta vez fuiste totalmente sincero y me dijiste que querías dormir conmigo, que por favor saliera. Me puedes, amor mío, me puedes sobremanera. Nuevamente iba en la madrugada como un ladrón, tratando de no levantar sospechas. Me recibiste y mis ilusiones afloraron. Envueltos en cálidos abrazos, caricias familiares y besos húmedos que nos preguntaban por qué éramos cobardes y no estábamos juntos, emprendimos el vuelo hacia tu santuario. Olía a recuerdos. Inconscientemente me hice una película en mi cabeza titulada “La tercera es la vencida, después de esto nos reconciliamos”. Y sí, lo hicimos por unas horas. Fue bonito mientras duró.

Cuando desperté no sabía cómo despedirme, si esperar a que también despertaras, si solo salirme sin decir adiós o avisarte que ya me iba. Me decidí por la segunda. Me desvanecí por las rendijas hasta llegar a mi aposento. Me puse a soñar despierta por un buen momento. Decidí escribirte, lo cual fue un error, la indiferencia se hizo presente, volví a recibir tu rechazo. Me sentí de lo peor, estoy segura que no te imaginaste absolutamente nada de todo lo que pasaba en mi interior. Claro, para ti fue irrelevante, solo querías sentirte bien sin importar como me dejaras a mí.

Está bien, no tienes por qué tomarte el mismo tiempo que yo para sanar u olvidar, no somos iguales ni lo seremos. Aún sigo creyendo que eres una buena persona, que como todos, comente errores. Déjame decirte una vez más que amo tu imperfección. No sé si sea ella, pero pido porque encuentres una buena mujer digna de ti, más tienes que saber que para eso, primero tienes que trabajar en ser un buen hombre, digno de esa buena mujer. Ya no te preocupes más por mí, solo quiero pedirte que no me cortes las alas. Amor mío, déjame volar libre, por favor, déjame encontrar el verdadero amor, aquel que no huya de los problemas como lo hiciste tú, aquel que me quiera así de imperfecta, tal cual soy.

Hoy con esto te libero y cierro el ciclo, espero me sepas corresponder. Ya no quiero más a ese chico del que me enamoré un 4 de diciembre, no lo quiero roto, porque al intentar arreglarlo, terminé muriendo en vida. Te juro que te amo, te amo como hace mucho tiempo no amaba a nadie —tú sabes mi historia—, pero, amor mío, déjame decirte que también me amo yo.

Una vez le pedí a Dios que si no eras para mí, te arrancara por completo de mi sistema, y si lo eras, te transformara y te devolviera. Hoy por segunda vez te digo adiós, un adiós definitivo que no alberga más esperanzas. Me duele hacerlo, pero es parte del proceso, hay alguien preparado para mí, solo que antes de conocerlo pasaré por muchas desilusiones, pero al final, la recompensa será grande. También aplica para ti. Adiós, amor mío, me hago a un lado esperando seas feliz, porque en un futuro regresaré y espero encontrarme con que este sacrificio que estoy haciendo, valió la pena.

Estas letras están bañadas de lágrimas, las lágrimas producidas por el adiós, aquellas que limpian el alma y sanan el dolor. Recuerda siempre esas dos cosas que un día te dije: la primera, el destino es incierto. Y la segunda, te amo.

¿Qué le dirías a tu ex amor?



“El último beso que le di a la persona que no habría dejado de besar en la vida.

Eso es despedirse”.

-Miguel Gane.

Querido ex:

Anónimo 1: *“Ojalá hubiera sido la cualquiera que creías que era, así nunca me hubiera enamorado de ti y nunca me hubiera conformado con las migajas de amor que me dabas. Así hubiera disfrutado bien padre acostarme con otros, como seguramente tú lo hacías con cuanta mujer se te paraba enfrente. A pesar de eso, que Dios te bendiga. Gracias por enseñarme qué es lo que quiero en mi vida y que es lo que no volvería a permitir. Me enseñaste a ser una mejor versión de mí y estoy ansiosa por entregársela a alguien que no seas tú”.*

Anónimo 2: *“Gracias a ti supe valorarme. Cada error que cometí me sirvió de lección. Gracias a que ya no estás conmigo, conocí el amor más puro: el de Mi Señor, Dios”.*

Anónimo 3: *“Lamento que las cosas terminaran de esta manera. Me duele que no puedas ni mantenerme la mirada. Te dolió y lo siento. De verdad, no sabes cuánto. Me gustaría redimir el acto de alguna manera, pero si no estás de acuerdo, lo comprenderé y me iré satisfecha, sabiendo que lo intenté. Te deseo lo mejor y mucha suerte”.*

Anónimo 4: *“Fuiste una persona importante para mí. Te quise mucho. Pasamos tantos momentos bonitos juntos... pero las cosas no son siempre como uno quiere”.*

Anónimo 5: *“Fuiste una persona a la que quise mucho. Me imaginé como toda joven ilusa, una vida a tu lado, sin embargo, por cuestiones del destino nos alejamos. Sé que eres feliz con tu familia y eso me alegra. No me queda más que darte gracias por los grandes momentos, las aventuras y el aguante que me tuviste. Sobre todo, gracias por enseñarme a quererme más, antes que a cualquier otra persona”.*

Anónimo 6: *“Muchas gracias por tu tiempo, por tu apoyo en momentos difíciles, por atender mis llamadas en momentos de soledad. Gracias por los días buenos y los días malos, por cada sonrisa, por cada palabra que me dijiste cuando ya no podía más, cuando a punto estuve de darme por vencida. Dios te bendiga”.*

siempre. Se muy feliz. Y como un día te dije: cuando necesites apoyo, no dudes en acudir a mí, que sin pensarlo estaré para ti como muestra del amor que te tuve”.

Anónimo 7: *“Cada día que pasaba, cuando recién terminamos, te recordaba y trataba de adivinar qué estarías haciendo. El tiempo ha pasado y aún vienen recuerdos tuyos. ¿Sabes cuáles son los más comunes? Aquellos lugares que se convirtieron en nuestros favoritos. Son cosas que duelen en lo más profundo, pero Dios siempre tiene algo preparado para cada persona, y si nuestro destino es estar juntos, lo estaremos. Por lo pronto, sigue sin mí, que yo seguiré como hasta ahora, con los recuerdos que han quedado”.*

Anónimo 8: *“Si te vuelvo a ver, te doy un besote”.*

Anónimo 9: *“No sé qué fui para ti. No puedo saber cómo me percibes y si en verdad me quisiste como decías. No puedo saber si en realidad sigues sintiendo algo por mí como lo platicas con tus amigos. Te quise y sufrí mucho cuando te alejaste. Realmente me costó trabajo superarte, porque te di todo de mí. No, no me avergüenza aceptarlo. Después de todo lo que en mi vida representaste, es un orgullo decir que pude salir adelante y dejarte atrás. Claro que jamás olvidaré los momentos que vivimos juntos, pero son solo recuerdos que forman parte de mi pasado y que gracias a Dios hoy puedo regresar a ellos sin que me duela. Agradezco que la vida me haya permitido pasar por esta etapa en la que aprendí mucho. Pude darme cuenta de la mujer plena y madura*

que soy y que sabe amar, perdonar y vivir el momento. Jamás te desearía el mal porque me consta que eres una buena persona que solo cometió errores. Espero de verdad que también hayas crecido como yo y que seas muy feliz”.

Anónimo 10: *“Gracias por los momentos buenos y malos que me hiciste pasar. Te desearía lo mejor, pero lo mejor soy yo”.*

Anónimo 11: *“Estoy arrepentida de la tontería que cometí. La consecuencia de mis actos fue haberte perdido. Una de las cosas que más deseo es que me perdones y que regreses conmigo. Todos merecemos una segunda oportunidad”.*

Anónimo 12: *“Te extraño. ¿Por qué te casaste?”.*

Anónimo 13: *“No es fácil escribir estas palabras por mensaje de texto ni tampoco decírtelas en persona, pero se dio la oportunidad de plasmarlas en este libro y solo quiero decirte que te amo”.*

Anónimo 14: *“Si en algún momento de nuestras vidas se diera nuevamente la oportunidad de volver a estar juntos, te diría que sí, que lo intentaríamos y nos arriesgáramos una vez más”.*

Anónimo 15: *“Mil gracias por el tiempo que me brindaste, por las risas, por los abrazos, por los besos, por los momentos de oración. Gracias por las diferencias que llegamos a tener, aprendí y conocí cosas de ti; tus pensamientos, tus gustos, tus metas, y al mismo tiempo, aprendí a conocerme más a mí. Gracias por haber estado en los momentos de triunfo y logros, en la alegría, pero también en el dolor. Gracias por haber estado en uno de los momentos más*

difíciles de mi vida, la partida de mi padre al cielo. Gracias por llorar junto conmigo y en esos momentos tratar de ser más fuerte. Sacaste fuerza de donde no había para poder sostenerme. Gracias porque fuiste mi primer amor. Gracias por las nuevas emociones que contigo conocí, por las ilusiones, por pintar mis días de esperanza y ansias por ver llegar el fin de semana para poder verte y abrazarte. Siempre tendrás un lugar especial en mi corazón, mi primer amor”.

Otras obras

Novela Romántica

Mi vida en un sueño

Regalo Inesperado. Un amor para compartir

Participación en Antologías

40 Relatos de amor (Antología benéfica)

Erotismo Poético III

Contacto con la autora

www.facebook.com/escritora.rmtz

www.amazon.com/author/rubymtzautora